

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

LA ESPANTOSA MUÑECA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION

TERROR

CURTIS GARLAND
LA ESPANTOSA MUÑECA

Colección SELECCION TERROR n.° 448

CAPITULO PRIMERO

Estoy seguro de que jamás podré olvidar aquella horrible experiencia en mi vida.

Aún ahora, volviendo la vista atrás, me pregunto si es posible que yo viviera momentos tan angustiosos y terribles como los que me fue dado conocer de forma tan directa y estremecedora, en unos momentos de mi vida en que estaba menos seguro de muchas cosas que en el presente.

Pero lo cierto es que sucedió, aunque nadie haya sabido nunca la verdad, salvo aquellas contadas personas que, como yo, se vieron envueltas en aquel horror sin precedentes, capaz de helar la sangre en las venas al más indiferente de los hombres.

Repaso de vez en cuando mis apuntes de entonces, abro las páginas ya ajadas por el tiempo transcurrido, en que anoté las circunstancias más destacadas de los sucesos de aquel instante, y mi asombro no conoce límites al comprobar que, realmente, tuve capacidad suficiente para sobrevivir a tanto espanto, a tanta alucinante realidad, y logré salir finalmente de aquella vorágine de terrores sin fin en que el destino me sumergió en un instante crucial de mi existencia.

Lo cierto es que el tiempo transcurrido no ha permitido que olvide, sino que más bien ha reavivado, clarificado y matizado los terribles recuerdos almacenados desde entonces en mi mente.

Así, creo que hoy día puedo, volviendo la vista atrás, evocar con claridad meridiana, como si proyectasen ante mí una rancia película, todas y cada una de las escenas que significaron algo en mi existencia durante aquellos trágicos días.

Y eso es lo que estoy haciendo en estos momentos, sentado en las penumbras de mi habitación, con los ojos entornados, la mirada perdida en un punto cualquiera del vacío, sin ver ni sentir nada, salvo esa sucesión de sombras que configuran en el recuerdo la fiel reproducción de una historia demencial, de unas vivencias increíbles y alucinantes.

En contraste con lo apacible y rutinario de mi existencia actual, todos esos hechos me resultan ahora insólitos, casi inconcebibles. Y me pregunto si es posible que una persona como yo, tenida por apacible y vulgar, haya podido estar inmersa en semejante pesadilla alguna vez.

Pero así ocurrió entonces. Y así lo recuerdo yo en estos momentos, tan clara y nítidamente como si, de nuevo, volviera a vivir aquellos momentos asombrosos, aquella experiencia única y estremecedora que cambiaría totalmente mi destino.

Todo comenzó cuando yo era sólo un joven estudiante de arte en París, aquel hosco otoño de 1928...

* * *

Es fácil imaginarse a un joven de veintidós años en una ciudad como París, dedicado al estudio de la pintura y la escultura, de las modas y de los estilos, gracias a un dinero ajeno, como el que mi padre me proporcionaba para ampliar convenientemente mi preparación en el campo de las Artes, que era el que yo había elegido para mi futuro.

Veintidós años, ardiente sangre escocesa en las venas, una renta no demasiado generosa —para evitar tentaciones peligrosas, como decía mi padre frecuentemente—, una pensión en el viejo Montmartre y muchos sueños en la cabeza. Ese era yo, Peter McCoy, en el otoño de 1928. desplazado a la bella, cosmopolita y mundana ciudad de París, la «Ville Lumiere», desde una fea, brumosa y oscura ciudad del norte de Escocia, donde mi padre ganaba su dinero con las exportaciones bacaladeras, para sostener su casa y para darme a mí unos estudios que él jamás había tenido.

Naturalmente, el ignoraba qué, en París, un muchacho joven y apasionado, no necesita dinero para correr todas esas aventuras y vivir todas esas tentaciones deliciosas y arriesgadas que mi padre, el viejo león Angus McCoy tanto temía...

Bastaba estar viviendo, como vivía yo por entonces, en una pensión como aquélla, donde compartía mi estancia con muchachitas coristas del Follies Bergere o de la Opera Cómica, modelos de pintores y algunas otras cuya profesión no estaba muy clara, aunque era fácil imaginar adónde irían cada noche, ataviadas con sus mejores galas, cuidadosamente maquilladas, luciendo vestidos descotados y regresando al amanecer, ojerosas y con el *rouge* labial deteriorado.

París era una fiesta en todo momento para un joven provinciano, asombrado y todavía ingenuo. Especialmente, cuando resultaba atractivo para las mujeres, como era mi caso.

Las aventuras de todo tipo comenzaron a proliferan Casi ninguna noche dormía solo, y era rara la vez que lo hacía en mi propia habitación. Cuando la propia patrona de la pensión, una opulenta y madura dama metida en carne, decidió también compartir su lecho conmigo, me dije que había llegado el momento de cambiar de alojamiento, o terminaría mis días exhausto y agotado, entre los

brazos de todas las hembras atractivas que se alojaban en la pensión.

De madrugada, hice mis maletas y salí sigilosamente sin despedirme de nadie, tras dejarle a madame Claudel, mi patrona y mi último amor carnal en aquella casa, el importe de la última semana sobre la mesa de la cocina. Semana que ni siquiera había llegado a concluir.

No busqué ninguna otra pensión porque temía que las cosas volvieran a empezar, y eso sería demasiado para mis pobres fuerzas. Tras laboriosa búsqueda, localicé un pequeño estudio en una buhardilla del boulevard Clichy, cerca de la Place Pigalle, y allí me aposenté, pagando un mes por anticipado, en previsión de cualquier gasto imprevisto que pudiera dejarme los bolsillos vacíos.

Ahora me pregunto si no hubiera hecho mucho mejor quedándome en la pensión de madame Claudel, aun a riesgo de destrozar mi salud con tanto romance amoroso. Eso, al menos, era un modo agradable de morir.

Mientras que aquel pequeño estudio donde iba a residir desde ese mismo momento me reservaba la ruta hacia mi destino inmediato. Un destino que, ciertamente, sería demasiado espantoso como para que yo pueda desearle a nadie algo parecido...

Entre tantos y tantos lugares del viejo e inmenso París, donde yo podía haber ido a parar con mis jóvenes pero ya cansados huesos, tuvo que ser precisamente aquella buhardilla situada a la sombra blanca y hermosa del *Sacré Coeur,* la que me hiciera decidir, en parte por la economía de su alquiler, y en parte también por su buena ubicación en el *Quartier* bohemio y multicolor, así como por la espléndida luz que penetraba por sus vidrieras inclinadas.

De no haberme quedado allí en ese preciso momento, nada hubiera sido igual. Y esta historia jamás se hubiera escrito, por fortuna para mí. Aunque por otro lado no debo ni puedo negar que la experiencia tuvo su lado grato, aunque parezca imposible. Y es de ese lado del que nunca me arrepentiré, si bien, a cambio de él, tuve que pasar por tan escalofriantes emociones y terrores.

—Me quedo —le dije al viejo conserje de la casa, tras recorrer el estudio y enterarme de las condiciones de arrendamiento—. Está decidido.

—Son setenta y cinco francos al mes, señor —me recordó él, algo receloso de que aquel joven pálido, ojeroso y fatigado que tenía ante sí, y que ni siquiera había tenido ocasión de planchar y adecentar un poco su gabán y su traje o de sacar el debido lustre a sus botines, sería capaz de pagar tan elevada suma puntualmente.

—Muy bien —aprobé con un suspiro, sacando el dinero de mi bolsillo y contando la suma convenida. Añadí un billete de dos francos para el conserje, y vi abrirse sus ojos con un destello de complacencia

y sorpresa—. Le anticipo el pago del primer mes. Hágame el recibo y firmare el contrato de inquilinato oportuno cuando regrese con algunas compras para ese estudio...

Así lo hice. De regreso con algunas cortinas, objetos de adorno y ropas para la cama, pasé por la oscura y húmeda conserjería, firmé el contrato y recogí mi recibo. Cuando llegué al estudio, la puerta estaba abierta. Lo primero que vi fueron unos bonitos muslos de mujer y un bello trasero marcado por el tejido negro de una delgada falda de raso. Seguí el recorrido con cierta complacencia, aunque venía ahíto de formas femeninas. Eso me hizo comprender que era incorregible, y que el mal no estaba exactamente en la alegre y frívola pensión de madame Claudel, sino en mí mismo. Me gustaban demasiado las mujeres. Y eso en París, a mi edad, era todo un peligro.

Lo cierto es que descubrí después unas finas pantorrillas, un calzado de tacón alto y, torciendo un poco la cabeza, adiviné a entrever, más allá de un brazo que se esforzaba por asear y limpiar de polvo mi flamante vivienda, un hermoso busto femenino, recortándose también dentro del negro brillante del raso.

Ella giró la cabeza entonces, irguiéndose y dejando de darme su espalda, si es que a todo aquello se le podía llamar «espalda». Lanzó una exclamación de sobresalto:

—¡Oh! No le oí subir... ¿Es usted el nuevo inquilino?

—Sí —sonreí, contemplando una boquita carnosa, abierta en forma de O., unos grandes y bonitos ojos azules, y un cabello rizoso, suavemente rubio—. ¿Y usted...?

—Mireille Descamp —expuso con sencillez—. Soy vecina suya. Y me ocupo de la limpieza de los pisos cuando sus propietarios así lo desean. Cobro muy económico. Pero, en su caso, no tiene que desembolsar nada. Me lo encargó el señor Lafarge, el conserje. El me pagó ya por el trabajo. Después de todo, éste es un piso pequeño. No tiene mucha tarea...

—¿Sólo hace esta clase de trabajo? —me sorprendí, al ver a tan bonita joven metida en tales labores.

—Tengo enferma a mi madre —explicó—. Paralitica. Yo quería ser bailarina. Pero no puedo pagarme ya los estudios. Una mujer no tiene muchas posibilidades ni siquiera en París, si le falla preparación para ser artista. O se es algo malo... o se hacen faenas en las casas, cuando hay que mantener y cuidar a una inválida. Es lo que hago yo ahora, señor...

—McCoy —me apresuré a decir—. Peter McCoy.

—¿McCoy? —enarcó sus cejas, perplejas—. ¿Extranjero?

—Si. Escocés —asentí—. Vengo a estudiar Arte en París.

—Lo imagino —suspiró ella—. Este es el sitio ideal para los artistas. Pero usted no tiene el aspecto de otros que he conocido antes.

Parece... parece rico.

—¿Rico? —reí—. Oh, no, nada de eso. Simplemente, puedo pagarme los estudios gracias a mis padres. Y ellos tampoco son ricos. Tienen que trabajar mucho para sacar adelante un buen negocio, eso es lodo.

—Bien... —de repente pareció azorada por mi presencia. Se alisó su falda negra sobre el regazo, y estiró ligeramente la blusa de igual color y tejido, con lo que sus jóvenes y firmes senos se dibujaron aún más nítidamente. Pero estuve seguro de que no lo hacía intencionadamente. En realidad parecía algo confusa y nerviosa en esos momentos—. Creo que no tengo más que hacer aquí. Lo tiene todo limpio y a punto para aposentarse, monsieur McCoy. Le deseo una feliz estancia en París.

—Gracias, mademoiselle Descamp —sonreí, inclinándome cortés a su paso cuando abandonaba mi estudio—. Imagino que no sería correcto ofrecerle una propina...

—Me ofendería —dijo, parándose en el rellano del ático de empinadas escaleras, mirándome con seriedad—. De todos modos, eso es frecuente en París. Gracias de todos modos, monsieur.

Se alejó escaleras abajo, taconeando con gracia. Esperé con la puerta abierta. Sólo descendió al otro rellano inferior. Oí girar un llavín en una cerradura, y una puerta se cerró tras ella. Ahora ya sabía que era una vecina muy próxima. Cerré, recordando su deliciosa visión al sorprenderla de espaldas y tan inclinada. Me sonreí. Sus carnes eran firmes y suaves. Mucho más que las que había conocido en la pensión de madame Claudel. En ese mismo momento supe que, pese a todo cuanto había vivido en aquel lugar anteriormente, deseaba a la vecinita de abajo. Y el deseo era muy diferente al experimentado por aquellas coristas y rameras de la casa de huéspedes...

Traté de olvidar todo lo relacionado con Mireille Descamp. Era mejor ocuparse en decorar y adecentar un poco mi nueva vivienda y, más tarde, disponerlo todo para trabajar de verdad, iniciando mis cursos de perfeccionamiento de estilo en escultura y pintura moderna.

Más tarde, cuando ya me hubiera instalado de forma adecuada e iniciado el estudio por el que mi padre se sacrificaba enviándome su dinero, sería momento de pensar en cosas más agradables y frívolas como las mujeres. Y, en especial, mujeres como mi vecinita de abajo, pongamos por caso...

En ese momento, sintiéndome dueño de aquel pequeño recinto reservado para mi vivienda y lugar de trabajo y estudio, me sentí casi feliz, independiente y libre como nunca.

¡Pobre de mi! No sabía que, al cruzar aquella simple puerta del viejo ático, acababa de cruzar los mismos umbrales del infierno.

Un infierno muy próximo a desencadenarse, con toda su carga de

horrores.

Precisamente aquella misma noche comenzó todo.

Y comenzó con un grito terrible, angustioso, desgarrador, que rompió mis sueños, trasladándome a una realidad mil veces más espantosa que la peor pesadilla.

CAPITULO II

El grito fue real. Tremendamente real.

Aunque inicialmente pensé que formaba parte de mi sueño, lo cierto es que, al pegar un salto en el lecho y mirar en torno mío, angustiado, con el corazón palpitante, la luz de las estrellas que se filtraba por los cristales de mi buhardilla, me hizo recordar inmediatamente mi actual vivienda. Luego, comprendí que no había soñado ese grito.

Era de mujer. Y había sonado cerca de mi, quizás en aquella misma casa, o todo lo más en la calle, más allá de la claraboya inclinada que formaba parte del tejado de la vieja casa. De todos modos, había sido un sonido realmente estremecedor. Aún me parecía estar oyéndolo resonar en mis tímpanos, aunque ahora el silencio era total en la noche.

Me incorporé, caminando descalzo sobre la alfombra recién adquirida. Fui hasta la puerta de mi buhardilla. Escuché muy atento. Nada. Ni un sonido, ni una voz, ni una pisada. ¿Era posible que semejante grito hubiera pasado desapercibido para toda la vecindad, o que nadie hiciera caso de él?

Escudriñé el rellano por la mirilla. Estaba muy oscuro ya que, salvo una distante luz amarillenta, al fondo de la escalera, allí no había más iluminación. No pude ver nada. Y todo siguió tan silencioso como antes. Viejos crujidos imprecisos era todo cuanto me era dado percibir, como sucede en todas las casas viejas.

Sin saber el motivo, tomé una repentina determinación. Corrí el pestillo y girando la llave, abrí la puerta. Tome una linterna de encima de una repisa, y salí al rellano, proyectando la luz en torno mío.

Me quedé helado.

En la puerta situada frente a la mía, sin duda otro estudio o buhardilla semejante, alguien había dejado algo en el suelo, apoyado sobre la propia madera. Unos ojos vidriosos destellaron malignamente al recibir la luz de la linterna, y no pude evitar una sorda imprecación.

Era una muñeca.

Una extraña muñeca de pelo muy negro y redondos ojos de vidrio que parecían fijos en mi. Tenía una cara redonda, fea, y una especie de horrible sonrisa pintada en ella. Vestía sobre su cuerpo de cartón encerado o de cera —no pude advertir en principio cuál de esos materiales había servido para su construcción—, un desteñido vestidito azul pálido y unos zapatitos blancos. Daba la impresión de un viejo juguete abandonado por un niño caprichoso. Pero dudaba que, a tales horas de la madrugada, ningún niño deambulase con su muñeca por las oscuras escaleras de la casa.

Regresé al interior del piso al sentir un leve escalofrío. Lo cierto es que la noche era desapacible, la temperatura en la escalera resultaba

muy baja y yo iba solamente con camiseta y calzones. Muy poca protección para tal clima. Además, estaba pisando descalzo las baldosas frías del rellano.

Me calcé, me puse una camisa, un pantalón y una bufanda al cuello, y regresé al rellano. Al respirar, vi brotar el vaho de mi boca. El otoño no resultaba demasiado amable en París este año.

Di la luz de mi estudio y encendí de nuevo la linterna, proyectándola sobre la puerta vecina. Me llevé una sorpresa.

La muñeca ya no estaba allí.

* * *

—¿Muñeca, ha dicho? —vaciló el conserje, el viejo Lafarge, arrugando el ceño y mirándome con desconfianza—. No entiendo una palabra, señor. No sé nada de muñecas.

—Pues había una anoche, en mi rellano —insistí, molesto por su modo de mirarme—. Una muñeca bastante fea y vieja, por cierto. De repente, desapareció cuando volví a mirar, tras abrigarme un poco.

—No sé una palabra de eso, señor. Tal vez vería eso en sueños.

—No lo vi en sueños. Sé cuándo duermo y cuándo estoy despierto —me irrité—. La muñeca estaba allí, maldita sea.

—Pues lo siento. No he oído hablar de ella a nadie.

—¿Tampoco le hablaron del grito?

—¿Grito? ¿Qué grito? —me espetó, ceñudo, con gesto destemplado.

—Uno de mujer. Muy agudo. Me despertó bruscamente. Eran casi las tres de la mañana. Fue entonces cuando vi la muñeca. El grito no se repitió.

—No he oído nada. Nadie me ha dicho nada de ningún grito, señor.

—Pero lo hubo. ¿Es que la gente en esta casa no da importancia a los gritos de madrugada?

—Que yo sepa, nunca nadie escuchó grito alguno, a no ser que hubiera una pelea conyugal o cosa parecida. ¿Está seguro de lo que dice, señor?

—No estoy loco ni veo y oigo alucinaciones, si se refiere a eso, *monsieur* Lafarge —corté con acritud—. De todos modos, muchas gracias.

Cerré la portería de golpe, encaminándome a la salida del edificio por el angosto y oscuro zaguán de la planta baja. Una voz murmuró a mi espalda suavemente:

—Lafarge le ha mentido, monsieur. Yo también oí ese grito anoche.

—Vaya... —suspiré, girando la cabeza con curiosidad—. Menos mal que alguien sabe que no estoy loco.

Me quede mirando a quien había hablado. Era un caballero singular. Muy singular. Alto, de mediana edad, cabello canoso, patillas largas y bigote muy blanco sobre una boca de labios delgados, que sonreía con cierta ironía. Elegantemente vestido con un traje gris oscuro y un gabán azul marino sin abotonar. Llevaba un sombrero de igual color y guantes de cabritilla. Un bastón pendía de su brazo derecho.

—A nadie le gusta que eso se mencione, ¿comprende? —sonrió, quitándose el sombrero en un gesto de cortesía—. Oí sin querer sus palabras y entendí bien su enfado al creer que no le hacían caso. El buen Lafarge, ciertamente, sabe que usted tiene razón, pero no gusta de mencionar tan delicado asunto, eso es todo.

—¿Qué clase de asunto, monsieur...?

—Duprez —se presentó rápidamente—. Rene Duprez, a su servicio, señor McCoy.

—¿Sabe mi nombre? —enarqué las cejas, sorprendido.

—Y su nacionalidad —rió suavemente—. Escocés, como el buen whisky... Soy bastante curioso, la verdad. Espero que no se sienta molesto por ello.

—No, nada de eso —le estudié, pensativo—. Hablábamos de cierto asunto al parecer bastante engorroso, que explicaría ese grito terrible que anoche me sobresaltó...

—Sí, muy cierto —salimos juntos a la acera. Estaba nublado y soplaba un frió aire húmedo, procedente del Sena—, Supongo que nadie le habrá hablado de madame Verneil...

—¿Madame Verneil? —fruncí el ceño y negué con la cabeza mientras caminábamos—. No. ¿Quién es?

—En tiempos fue una hermosa criatura. Ahora está enferma y vieja. En realidad, sufre la peor de las enfermedades imaginables: la locura.

—¿Locura? —me estremecí. Era una palabra que sonaba siempre terrible, sobre todo relacionada con alguien que podía ser vecino mío —. ¿Quiere decir que una dama loca vive en ese mismo edificio?

—En efecto, monsieur McCoy —asintió—. Ella es vecina nuestra.

—Pero... pero si está loca, lo lógico sería informar a las autoridades, internarla en un manicomio o algún establecimiento semejante...

—No es tan sencillo, *mon ami* —negó suavemente con un suspiro, sin dejar de caminar a mi lado hacia Pigalle—. No, no es tan sencillo.

—¿Por qué no? —me extrañé.

—Verá... Madame Verneil, la que fue hermosa y deseada Lizette Verneil sufre de trastornos mentales transitorios, una especie de crisis esporádicas que le causan esas alucinaciones y visiones en las que grita, aterrorizada, y huye de cosas que sólo ella puede ver. El resto del tiempo, es una dama apacible, educada normal, capaz de frecuentar los mejores lugares de París sin desentonar, de diálogo fácil y culto, y hasta encantadora de modales incluso en la mejor sociedad. Los médicos la han examinado repetidas veces, y todos coinciden en que hospitalizarla en uno de esos horribles manicomios, sería como enterrarla en vida y destruir lo que de sano pudiera haber en su mente.

—Entiendo —suspiré—. Clínicamente, no pueden considerarla loca.

—Me alegra que lo entienda, mi joven amigo —me miró casi con gratitud, mientras hacía girar su bastón con aire mundano—. Los psiquiatras tienen para su dolencia nombres complicados y oscuros que nada me dicen. Pero que vienen a significar la necesidad de que esa mujer siga viviendo en un ambiente normal para impedir que, de un modo definitivo, se hunda en las simas de la locura. Cosa que

sucedería sin remedio en una atmósfera como la de los hospitales para enfermos mentales, rodeada de loqueros, médicos duros e intolerantes y enfermos en pleno desvarío. Además, madame Verneil es totalmente inofensiva jamás agredió a nadie ni causó problemas a vecinos o personas ajenas a la casa. Eso nos ha convencido a todos para permitirle seguir residiendo allí, sin molestarla.

—No seré yo quien cambie las cosas, monsieur Duprez —aseguré con un suspiro—. Esa pobre dama me causa una gran lástima, aun sin haberla conocido. Y eso que esta noche pasada me dio un buen susto.

—Sí, ocurre a veces, sobre todo cuando no se está acostumbrado —soltó una leve carcajada—. ¿Se encuentra bien aposentado en nuestro viejo edificio, monsieur McCoy?

—Oh, sí —admití distraído. De pronto, pensé en algo—. Por cierto, usted que es antiguo inquilino de la casa, por lo que veo... ¿sabe quién es mi vecino?

—¿Su vecino? —me miró sorprendido, parándose en seco—. ¿Quiere decir qué persona ocupa la otra puerta del ático?

—Exacto, la que da frente a la mía.

—¿Por qué me pregunta eso? —tuve la impresión, cuando dijo esas palabras, de que se sentía incómodo por algo.

—Creo que es una pregunta normal, aunque admito que debí formulársela a Lafarge, el conserje. Siempre le gusta a uno saber qué personas son sus vecinos.

—Creí que se lo habrían dicho —suspiró, reanudando la marcha—.

Allí no vive nadie.

—Oh, entiendo —pero la verdad es que no entendía nada. De mi mente no podía separarse el recuerdo de la maldita muñeca—. Sin embargo, anoche, creí sentir que se abría y cerraba la puerta vecina.

Había mentido descaradamente en ese punto, porque tal cosa no era cierta. Pero me sorprendió a mí mismo el efecto de mi mentira. Porque monsieur Duprez se paró en seco esta vez, palideciendo incluso, y me contempló con estupor, dilatada su mirada, el bastón a punto de caer de sus manos.

—¿Usted oyó eso? —preguntó, atónito.

—Bueno, creí oírlo —suavicé cuanto pude mi embuste, ante sus raros efectos—. ¿De qué se extraña? ¿Es que Lafarge, como portero del inmueble, no tiene una llave de ese ático?

—Es posible —se encogió de hombros, reanudando otra vez el camino hacia Pigalle—. Pero no creo que entre allí, y menos de noche.

—¿Por qué motivo?

—Porque en ese ático vecino al suyo, monsieur McCoy, nadie gusta de entrar por la noche, después del asesinato que tuvo lugar allí

hace un año —dijo sombríamente.

* * *

Un asesinato.

En el estudio vecino al mío. Donde yo había visto la horrible muñeca durante unos momentos, para luego comprobar SU desaparición sin sentir ruido alguno.

Confieso que fue la primera vez en todo aquel atroz período que comenzaba en esos momentos para mí sin yo saberlo, que sentí un escalofrío reptando por mi espina dorsal, hasta helarme la nuca.

René Duprez no se mostró muy locuaz sobre eso. Se despidió de mí en Place Pigalle, y cuando vi alejarse su alta figura, moviendo el bastón ágilmente, flotando los faldones de su oscuro abrigo desabrochado a impulso de la fría brisa húmeda de la mañana, confieso que me sentí tremendamente solo, como perdido en París. Cosa que ni siquiera me había sucedido cuando bajé en la Gare du Nord, tras haber viajado desde mi brumosa Escocia en barco hasta Calais, y desde allí a París en un tren bastante rápido y cómodo para lo que estaba acostumbrado a ver en mi país.

Se limitó a contarme que, cosa de un año antes, alguien penetró en el ático vecino al mío, en plena noche, y degolló brutalmente a una mujer que vivía sola con su pequeña hija de ocho años.

La infortunada mujer había aparecido sin vida sobre un enorme charco de sangre, con la puerta del estudio abierta, mientras la niña sollozaba, víctima de una crisis de terror, en presencia de su madre difunta. La policía había investigado el caso, en medio de la sensación de todo el barrio, sin descubrir gran cosa al respecto. La propia mujer había resultado bastante enigmática, ya que de ella sólo se sabía que se hacía llamar Margot Dubois, pero este apellido —bastante vulgar en Francia, como pronto pude averiguar—, era absolutamente falso y la mujer tampoco era escultora como dijo, aunque sí parecía aficionada a ello por varios moldeados que hallaron en su casa. Se descubrió que ejercía la prostitución y que usaba siempre el nombre de Margot, y nada más. Del asesino, nada se pudo saber.

La niña fue recogida por la propia policía que, ante la ausencia de parientes, se hizo cargo de ella para enviarla a una institución benéfica. Así se hizo, pero según monsieur Duprez, la policía regresó a la casa posteriormente, por si la niña se había refugiado allí, víctima de una crisis psíquica, ya que había desaparecido del centro benéfico que la acogiera. Seis meses más tarde, la niña seguía sin aparecer,

puesto que hubo otra visita policial completamente estéril. La niña nunca había regresado a la casa. Al menos, nadie la había visto.

Cuando caminaba hacia un viejo café donde acostumbrábamos a reunimos los artistas ávidos de gloria y de fama, para cambiar impresiones sobre las nuevas tendencias, antes de deambular por la ciudad en busca de temas para nuestras obras de dudoso arte, mi zozobra y mi preocupación iban en aumento.

Una mujer degollada brutalmente en plena noche. Un asesino que nunca fue hallado. Una niña, testigo horrorizado del asesinato de su madre. Esa misma niña desaparecida de un centro benéfico.

Y ahora... una muñeca.

¿Qué papel hacía esa muñeca la noche antes, apoyada en la puerta del piso del crimen? Por muchas vueltas que le daba al caso, no lograba entender una sola palabra, pero me sentía presa de una inquietud inexplicable. Por supuesto, nada revelé a Duprez sobre mi hallazgo de la noche anterior. Ignore la razón, pero no lo hice.

Aquel día me costó bastante trabajo apartar de mi mente ese recuerdo incómodo y desagradable. Ni siquiera las opiniones, a veces convertidas en agria disputa, de mis compañeros de lucha y de inquietud artística lograron distraerme de mis preocupaciones. Recuerdo, incluso, que uno de ellos me preguntó acerca de mi aparente desinterés por todo ello, y le contesté con una vaga excusa. Cuando nos separamos, muchos de ellos envueltos en sus bufandas, a cuerpo gentil, luciendo sombreros bohemios, corbatas de lazo y fumando pipas malolientes, fui a hacer mis bosquejos y apuntes del natural a las escaleras del Sacre Coeur, y la sola presencia de algunos niños, jugando entre risas, me causó una rara desazón, trayendo de nuevo desagradables evocaciones a mi mente.

Pensé que, decididamente, no tenía mi día y cerré mi carpeta, guarde mis carboncillos y me encaminé a la Rué Lafayette en busca del almuerzo.

Había allí muchos pequeños restaurantes y figones, propios para artistas sin demasiado dinero y, aunque me podía permitir otros lujos de momento, prefería frecuentar los lugares donde iban otros jóvenes artistas ansiosos de fama y de prestigio, como yo mismo. Sabíamos que muchos de nosotros nos quedaríamos en el camino, pero eso no contaba en esos momentos para nuestros sueños de triunfo.

Elegí un restaurante pequeño y confortable, donde servían un excelente menú casero, de cocina típicamente francesa, por tan solo medio franco. Yo había olvidado ya el tradicional bacalao con *chips* y las chuletas de cerdo de mi país, para habituar mi paladar a las delicias gastronómicas parisienses. No todos los británicos se adaptan tan perfectamente a la cocina extranjera como yo, eso he podido comprobarlo a lo largo de los años.

Pese a lo temprano de la hora, el local estaba ya repleto de clientela abigarrada, pintoresca y, eso sí, con muy escasos francos en el bolsillo y una ropa de muy poco abrigo para la época en que estábamos. Mis buenas ropas, evidentemente, causaban cierta envidia entre mis colegas, aunque luego cualquier recelo sobre mi persona se les evaporaba, ya que si poseía un buen puñado de francos en el bolsillo, me guardaba mucho de revelarlo o alardear de ello, fingiendo ir tan escaso de caudal como todos ellos.

El camarero me sentó a una mesa donde ya se hallaba una joven a medio almuerzo. Puso ante mí media botella de vino tinto y la cestita con dos panecillos, antes de ir en busca del primer plato, una inevitable pero deliciosa sopa de pescado.

—Lamento molestarla —dije cortésmente a la muchacha que comía con la cabeza inclinada, sin que nadie la hubiera pedido permiso para acomodarme allí, las rodajas de ternera en salsa, con guarnición de guisantes, zanahorias y patatas, con aire totalmente ausente—. Ese camarero debió pedirle permiso antes...

Ella alzó la cabeza, mirándome sorprendida. Me encontré ante unos grandes ojos verdes, una cabellera roja y una cara francamente atractiva: Su boinita a la francesa, color marrón, le daba una gracia especial al pícaro rostro.

—¿De qué mundo vienes tú, amigo? —me replicó con desparpajo, soltando una risita. Aquí, nadie pide permiso a nadie mientras haya una silla libre. En Chez Gaston hay que hacer cola muchas veces para poder ocupar un sitio. ¿Es la primera vez que vienes por aquí?

—No, no —rechace, sintiéndome empequeñecido y ridículo—. Estuve algunas veces, pero siempre muy tarde, cuando ya todo había quedado casi vacío.

Era cierto. Cuando comía fuera, estando en la pensión de madame Claudel, me era imposible hacerlo antes de las dos y media o las tres de la tarde, dadas las horas de la madrugada en que terminaba mis combates amorosos con las frívolas huéspedes.

—Ya veo —dijo mi compañera de mesa—. Eres extranjero.

—Sí —asentí—. Escocés. Mi nombre es Peter McCoy.

—Hablas un buen francés, pero no puedes negar tu procedencia, Peter —rió ella suavemente. Le tendió su mano sobre la mesa—. Me llamo Pascale. Pascale Barray. Soy de Lyon, y estudio pintura en París, como casi todo el mundo. ¿Tú qué haces?.

—Estudio escultura y la moderna pintura francesa —me expresé, tímido, estrechando aquella mano suave, de largos y ágiles dedos—. No te había visto antes aquí ni donde me reúno con los demás.

—Oh, París no es una aldea. Hay tantas reuniones de futuros genios como puentes tiene el Sena, por lo menos. Habitualmente vengo pronto a comer y luego visito museos y pinto un poco o

frecuento mi tertulia habitual. Lo de siempre, ya sabes.
—¿Qué tendrá París? —suspiré—. Nos atrae a todos como el panal a las abejas.
—Uno nunca sabe lo que es. Dicen que es la cuna del arte. Posiblemente sea cierto. Pero creo que tiene que existir algo más. Cuando regreso unos dias a mi ciudad natal, me encuentro como prisionera. Tal vez sea eso: París es la libertad, un mundo distinto.
—Y eso que tú eres francesa. Imagina yo, habituado a mi Escocia natal, viviendo en un pequeña población costera del Norte, entre salazones y envasados de pesca...
—Esa es una industria floreciente —me estudió con sus espléndidos ojos esmeralda, como si hubiera algo interesante en mí. Casi se había olvidado de su plato de carne en salsa y de su vaso mediano de vino tinto—. ¿No te gusta esa clase de tarca?
—¿El pescado? —me estremecí—. Oh, no. Lo aborrezco tanto, que cuando me sirvieron un plato de él en París, recién llegado, casi me pongo enfermo. Luego, al probarlo, cambié de idea. El lenguado *meuniére* dista mucho de ser el bacalao o los arenques de mi país.
—Veo que te encanta todo lo francés —rió, viéndome arrancar un trozo del blanco panecillo, que me llevé a la boca, con un sorbo de vino—. Bueno, Peter, bienvenido a nuestro mundo de sueños. Espero que salgas triunfante de él y, en el futuro todos los bacalaos y arenques que veas, estén en tus cuadros, representando motivos de tu propia tierra.
—Dios le Oiga —sonreí—. ¿Vives sola en París, Pascale?
—Todo el mundo vive solo en París. Sobre todo los artistas. Ocupo una habitación en una pensión de la Rué Bergére, no lejos de aquí. Sólo duermo. Y como fuera. Cuando hay dinero para comer, claro.
Era una muchacha divertida y simpática, además de bonita. Me gustaba. Recordé que también me había gustado mademoiselle Mireille Descamp cuando vislumbré sus nalgas en mi apartamento. Esto era alarmante. Era demasiado sensible al «síndrome de París». Mujer que veía... ¡zas! Mujer que me gustaba.
—¿Vendes alguno de tus cuadros? —me interesé, mientras consumía mi sopa de pescado, con suave aroma a absenta y orégano.
—¿Si los vendo? Eso es lo que intento. Un marchante me compró dos el otro día. Por una miseria, claro. Estoy tirando con ese dinero. Pero tengo que vender alguno más si quiero subsistir al mismo ritmo. Este frío y esta humedad que calan los huesos tienen la virtud de abrirme demasiado el apetito. Eso, en París, es mala cosa cuando aún está uno muy lejos del triunfo.
—Te compro un cuadro —dije bruscamente, sin mirarla.
Dejó caer los cubiertos en el plato ya vacío. Apuró su copa de vino

antes de interrogarme:

—¿Bromeas?

—No, no —negué, algo azorado, pensando que tal vez había hablado de más, ofendiéndola con mi oferta. Se suponía que yo era un artista en apuros, igual que ella y que tantos otros. Procuré hilvanar una mentira piadosa sobre la marcha—: Verás... Mi madre me ha enviado unos francos de regalo por mi cumpleaños. Me gustaría tener en mi buhardilla alguna obra de arte que no fuese hecha por mí. Es... es como una superstición escocesa. Dicen que da suerte. Podría invertir unos francos en uno de tus cuadros. Tal vez dentro de poco valgan mucho más dinero. Así les pasó a todos, ¿no? Cezanne, Van Ghogh, Gauguin, Degas, Lautrec...

—Ni siquiera sabes si pinto bien, si va a gustarte un cuadro mío... —me miraba ¡iiqu¡¡>iiivamcnte, como si mi oferta siguiera causándole recelo.

—Estoy seguro de que sí me gustará —sonreí—. Me gustas tú, de modo que tu obra no puede disgustarme.

No supe si se enfadaría o le halagaría. Cuando la vi sonreír, me sentí aliviado.

—Termina tu almuerzo pronto, Peter McCoy —me dijo, encendiendo un cigarrillo que sacó de una bonita pitillera decorada—. Te llevaré a mi casa. Y tendrás ese cuadro. Pero no voy a venderlo a un compañero. Será mi regalo para darte suerte.

Acepté encantado. Sin saberlo, estaba dando el segundo paso hacia mi propio desastre. Pero ¿cómo imaginarlo, ante unos ojos verdes tan bellos y unos labios tan gordezuelos y tentadores como los de Pascale Barray?

CAPITULO III

Su buhardilla no se diferenciaba gran cosa de la mía en dimensiones y estructura, como imagino que siempre han sido las buhardillas de todas partes, especialmente las de París. Y muy especialmente las que habitan los artistas. Pero tenía algo que no poseía la mía: intimidad, calor de hogar. Y una cierta deliciosa apariencia de desorden que no era tal, porque Pascale iba encontrando cada cosa que buscaba en el lugar preciso, a pesar de que los cuadros parecían amontonados alocadamente, entre lienzos incompletos, telas en blanco, pinturas, revistas de arte o modas, libros de todo género, desde el ensayo a la novela romántica, pasando por obras como «La isla del Tesoro» o «Tartarín de Tarascón».

Pascale me regaló un pequeño cuadro donde aparecía una vista brumosa de París, con la Torre Eiffel al fondo, el Sena deslizándose gris y melancólico bajo los puentes, y una pareja románticamente abrazada al borde del río, junto a unas escalerillas donde una pintora borrosa —quizás ella misma—, trazaba un apunte sobre un lienzo, contemplando el paisaje.

—Es muy bonito —comente.

—Es triste —suspiró ella, meneando la cabeza—. Pero me gusta por algo en especial: es el primero que pinté al llegar a París.

—¿Y vas a deshacerte de él? —hice un ademán de devolvérselo—. Eso no debes hacerlo, Pascale. Puedo llevarme otro cualquiera.

—No, no. Quiero que sea ése —sonrió con cierta tristeza—. Guárdalo, por favor. Me gustará saber que lo tienes en tu buhardilla, que lo contemplas de vez en cuando...

—Lo pondré frente a mi cama —prometí—. Así lo veré siempre, al dormirme y al despertarme.

—Gracias, Peter. Eso estará bien.

—Gracias a ti, Pascale —la miré largamente—. Soy un perfecto desconocido para ti. Y además, extranjero. Y me haces un regalo semejante...

—Somos colegas, eso es todo —sonrió—. Además, en Park no hay extranjeros. Esto no es Inglaterra, Peter. Todo el mundo es igual para nosotros. No sé qué he visto en ti, pero es como si te conociera de toda la vida. Créeme, no somos ya unos desconocidos el uno para el otro. Es como si ya nos hubiéramos visto antes durante mucho tiempo. ¿No notas la misma sensación?

—No sé —me encogí de hombros, pensativo—. Algo raro he notado al entrar aquí, eso es cierto. Como si no fuese la primera vez que entro en tu casa. Pero imagino que es sólo una impresión...

—No —negó con rara entonación, clavando en mí sus verdes ojos fulgurantes, profundos como dos lagunas—. Yo sé que no es sólo

imaginación tuya. ¿Te he dicho que poseo ciertos poderes?

—¿Poderes? —la miré, arqueando las cejas—. ¿Tú?

—Sí —afirmó—. Puedo ver ciertas cosas que los demás no ven.

—Oh —hice un gesto ambiguo—. Dicen que hay gente así. Pero yo nunca lo he creído. Sólo existen ilusionistas y magos de teatro. Es lo que pienso yo, claro.

—No hablo de esa clase de poderes. Eso es puro truco. En mi es diferente. Y, por fortuna, no me ocurre siempre. Cuando sucede, me deja muy abatida, como si hubiese hecho un gran esfuerzo o me hubiese agotado en una labor ardua. Eso, aunque dure la visión solamente unos segundos.

—¿Y qué ves en mi? —trate de bromear, preguntándome si ella se tomaría en serio todas esas cosas, pero dispuesto a seguirle el juego —. ¿Algo especial?

—Bésame, Peter.

Me dejó sorprendido. La miré, sin entender bien. No había pensado en ningún momento, desde que conocí a Pascale en el restaurante, que pudiera ser ella una de esas chicas que utilizan trucos para disimular sus instintos, ni que fuese una chica fácil, que se entregase a cualquier desconocido apenas entablado trato con él.

—Pascale... —murmuré—. No he venido aquí pensando en...

—Bésame —insistió ella, entornando los ojos y acercándose lentamente a mí con los ojos entornados—. No es una aventura, Peter, si es lo que piensas. Es que necesito que me beses. Es preciso que me beses. Es preciso. Hazlo, por favor...

—Claro —afirmé—. Será un placer, Pascale.

Alargué mis brazos, atrayéndola hacia mí. Me incliné sobre su bonito rostro. -Me esperaba, con ojos casi cerrados. La boca era una húmeda, roja invitación. Aplasté mis labios sobre los de ella. Sentí el néctar cálido de su propio aliento, de sus jugosos labios entregados. La apreté contra mí. Con calor, con suavidad. Pero también con firmeza. Sentí sus formas, sus curvas todas, apretándose contra mi cuerpo. Sentí una rara, confusa sensación. Esto no se parecía en nada a mis amoríos con las huéspedes de madame Claudel. Su cuerpo joven, prieto, vital, parecía fundirse con el mío, en un contacto ardiente y sublime.

Y, de repente, ella gritó.

Su grito fue ronco, estremecedor. Y, sobre todo, inesperado, imprevisible de todo punto. Me causó el efecto de un trallazo, de repente, sus labios tuvieron para mí un sabor amargo, y me aparté, asustado, preguntándome si había ido más lejos de lo que pensaba, o si ella era una de esas jovencitas que incitan a un hombre y luego fingen sentirse ultrajadas y ofendidas.

Ni una cosa ni otra. Vi una Pascale diferente. Casi me asusté.

Estaba pálida. Mortalmente pálida, con el bello rostro juvenil desencajado, los ojos dilatados, brillantes, fijos en mi con una repentina expresión de horror. Retrocedía, como si yo fuese un monstruo o un ser abominable, demasiado horrible para ella.

—Pascale... —musité, alarmado—. ¿Qué te sucede?

—Lo veo... —sollozó, crispada—. Lo estoy viendo...

—¿Qué es lo que ves? —instintivamente miré atrás, y no descubrí otra cosa que la puerta cerrada, algunos cuadros en desorden y una estantería con figurillas de porcelana. Nada de aquello podía producir temor a nadie—. Por el amor de Dios, Pascale, muchacha, ¿qué te sucede?

—Lo veo, Peter... ¡Lo veo... y es... es horrible! —gimió, despavorida.

Mis temores empezaron a crecer. Ahora creía ver claro algo que nunca imaginé antes. Pascale debía de ser una neurótica, una histérica que sufría bruscas alteraciones de carácter. No cabía otra explicación a su absurda conducta. Aun así, traté de ser suave y comprensivo con ella.

—No hay nada ni nadie aquí, Pascale, salvo tú y yo —dije aproximándome a ella con lentitud—. Tus temores son infundados. Y yo no pienso hacerte daño alguno, créeme.

—No, Peter... No eres tú... —jadeó, convulsa, como agitada por escalofríos o espasmos de terror—. Tú no puedes hacerme daño. Tú y yo... tenemos esa amenaza en medio. Nos separa a los dos... Está... está ahí.

—¿Dónde? Yo no veo nada, Pascale. ¿Tratas de burlarte de mí?

—Peter, me da miedo... Nunca vi nada parecido...—Casi estaba a punto de llorar, su voz era ronca, desgarrada, y su cuerpo se agitaba entre temblores—. Oh, Dios, si pudieras verla... Si viese esa horrible mueca, ese rostro, esos ojos vidriosos y repulsivos... Hay maldad. Maldad en ella... Odio, crueldad...

—¿*Ella?* Pero ¿quién es ella? —insistí, ya exasperado.

—la aferré por los hombros, sin que ella se opusiera, zarandeándola para intentar sacarla de aquella crisis.

Su respuesta, en esos momentos, heló la sangre en mis venas:

—Es la muñeca, Peter... La muñeca... ¡Esa horrible muñeca viviente que se interpone entre tú y yo!

Y se desplomó, desprendiéndose de mis manos, para rodar por la alfombra totalmente inconsciente.

* * *

La muñeca...

Era demasiado horrible pensarlo. Pero no lo podía evitar. El impacto emocional había sido excesivo. Y ni siquiera podía saber más. Ni una palabra más.

Había dejado a Pascale en manos de un médico, un caballero de barba canosa y vieja levita negra, portando un maletín. Sus palabras, tras examinar a la muchacha desvanecida y darle un sedante, habían sido escuetas:

—Será mejor que se marche, joven. Esta muchacha ha sufrido un fuerte *shock* y debe reponerse sin molestias. Ahora dormirá durante toda la tarde y la noche, sin despertar. Volveré mañana, y posiblemente pueda usted visitarla, si lo desea, cuando se haya recuperado del todo.

La patrona de Pascale —una francesa madura, rolliza y afable—, me acompañó a la salida, indicándome que no me inquietara por nada, que ella cuidaría de la joven durante esas horas. Le dejé mis señas y, recogiendo el pequeño cuadro de Pascale, salí de aquella casa con la mente confusa y el cuerpo aterido de frío. Un frío sutil que no venía del exterior, sino de dentro de mi mismo. Del repentino horror que las palabras incomprensibles de la muchacha me había producido.

Ella había visto algo entre nosotros dos. Algo horrible, vivo, maligno.

Una muñeca.

Inmediatamente, mis recuerdos habían vuelto a la noche anterior, a la alucinante visión que sufrí en el rellano de mi vivienda. Yo también había visto una muñeca. Una vieja, fea y repulsiva muñeca de ojos de vidrio y extraña sonrisa. ¿La misma que Pascale había visto con sus extraños poderes?

Me costaba creerlo. Pero también me costaba pensar que ella, sin saber nada del asunto, pudiera haberse inventado una cosa parecida. ¿Telepatía acaso? Era una posibilidad nada desdeñable, pero... yo ni siquiera había vuelto a pensar en la odiosa y extraña muñeca, desde que me sentara a la mesa con Pascale en el pequeño restaurante.

Ella había dicho más. Consideraba a la muñeca «malvada, cruel, llena de odio...» Y, sobre todo, había mencionado algo con voz temblorosa: muñeca viviente.

Pero eso era imposible, pensaba yo, aturdido y tembloroso, mientras mis piernas me sostenían de forma vacilante sobre el asfalto callejero. Una muñeca no puede estar viva. Aquello no tenía sentido.

Un montón de cosas se acumulaban en mi mente, confundiéndome y sepultándome en una vorágine de aturdimiento: una mujer medio loca, gritando en la noche. Una vecina asesinada, una niña perdida, testigo del crimen... Y una muñeca en la noche. Una muñeca que, de repente, había desaparecido de mi vista sin explicación posible.

Luego, conozco a una chica sensible, hermosa, juvenil y llena de vitalidad. Y ella, que dice ser capaz de tener visiones paranormales, había visto con los ojos de su mente a aquella inquietante muñeca de la que yo ni siquiera le había hablado. Una muñeca capaz de interponerse entre nosotros dos, de aparecer ente ella, gracias a sus facultades extraordinarias...

Todo eso formaba un conglomerado alucinante. Era como una espantosa pesadilla en la que me encontraba inmerso, sin encontrarle el principio ni el final al hilo de la siniestra madeja.

Cuando quise darme cuenta, estaba ante mi casa, contemplando el viejo portal, la fachada oscura y desconchada en algunos puntos, los viejos balcones, el tejado empinado, de gastadas tejas, entre el que se hallaban las cristaleras de mi buhardilla, perdiéndose tras las chimeneas y el musgo. Tenía hundidas las manos en los bolsillos, la mirada extraviada, y ni siquiera me complacía la idea de entrar en la casa. Con el cuadro de Pascale bajo el brazo, deambulé como un necio, acera arriba y abajo, delante de la casa.

De repente, me encontré ante alguien a quien conocía: Mireille Descamp, la atractiva vecina que se ocupaba de la limpieza de los pisos. La de la madre inválida. Venía de alguna parte, con una bolsa llena de compras. Posiblemente del cercano mercado. Me sonrió, algo sorprendida, deteniéndose frente a mí.

—Oh, buenas tardes, monsieur McCoy —me saludó jovialmente—. ¿Paseando tal vez?

—Sí, un poco —admití, confuso—. Buscaba temas para mis nuevos cuadros.

—¿Y... los ha encontrado? —me sonrió ahora con cierta malicia.

—Siempre hay temas en París —asentí.

—Si alguna vez necesita una modelo, cuente conmigo —se ofreció —. No sería la primera vez que poso para un artista, pintor o escultor. Y no me importa tampoco posar desnuda, si está bien pagado...

—Lo tendré en cuenta —admití distraídamente—. No acostumbro a pintar figura humana, pero sí retratos. Es posible que la llame, mademoiselle Descamp.

—Veo que recuerda bien mi nombre —me miró de modo especial —. Le aseguro, por si tiene alguna duda, que mi cuerpo es muy adecuado para desnudos. Si desea verlo en alguna ocasión, podrá comprobarlo, monsieur...

No supe si su sugerencia ocultaba otras intenciones. Me sentía demasiado alejado ahora de todos esos problemas para pensar en ello. Pero le respondí de un modo que, quizás sin yo saberlo, fue como recoger cualquier posible insinuación suya.

—Ahí hay un café —señalé uno, en la esquina cercana, haciendo chaflán—. ¿Quiere que tomemos algo? Me gustaría hablar un

momento con usted.

—Claro —se encogió de hombros, dirigiéndome una ojeada algo burlona—. Será un placer. No tengo ninguna prisa. Mamá ha tomado ya la medicina y la merienda...

Cruzamos la calle. La tomé de un brazo y ella no protestó. Entramos en el café, alargado y oscuro. Nos sentamos tras una vidriera. Un viejo camarero con peluquín se acercó a atendernos. Ella pidió café. Yo también.

Cuando estuvimos servidos, ella me miró. Había dejado su bolsa de la compra en el suelo. Mi cuadro reposaba boca abajo a un lado de la mesa. Noté un brillo irónico e invitador en el fondo de sus ojos azules, que la bruma del atardecer tornaba levemente grisáceos, como si se nublaran.

—Y bien monsieur McCoy, ¿qué desea de mí? —preguntó sin rodeos.

—Ya se lo dije: charlar un poco. Tengo necesidad de hablar con alguien.

—Le escucharé gustosa —asintió ella—. Pero si, por ofrecerme a usted como modelo de figura desnuda, ha pensado algo distinto, le advierto que no soy de esa clase de chicas. Sólo me limito a posar, sin más. Sería distinto si usted me gustara y entablásemos unas... unas relaciones personales. No me seduce la idea de hacer el amor con nadie por dinero.

—No he pensado eso en ningún momento —rechacé, dando vueltas al azúcar en mi taza—. Ni siquiera quiero hablarle de usted o de mi.

—¿Ah, no? —ella enarcó las cejas, entre sorprendida y quizás defraudada—. ¿De qué o quién, entonces?

—Verá, es muy complejo, señorita Descamp... —suspiré—. Tanto, que ni siquiera sé por dónde empezar... Digamos, por ejemplo... ¿Qué piensa usted de las muñecas?

Me contempló como si yo estuviera loco. Y quizás no le faltaba razón. Empezaba a dudar de mi propio equilibrio mental.

—¿Muñecas? —repitió—. Temo no entenderle. ¿Es una broma?

—No —negué—. Hablo de muñecas. ¿Me entiende? Una muñeca como otra cualquiera, un juguete propio de las niñas... Dígame, mademoiselle Descamp, ¿sabe usted de alguien en nuestra casa que tenga una muñeca?

—Eso es absurdo —rió ella, sacudiendo la cabeza—. Claro que sé de personas que tienen muñecas. Mamá, sin ir más lejos...

—¿Su madre? —pestañee, asombrado—. Creí que era inválida...

—Siempre le gustaron las muñecas. Tiene una colección completa de ellas. Al menos una veintena. Las mima y limpia a menudo. Es su distracción, ¿comprende? Las personas mayores, si están enfermas,

son a veces como niños.

—No me refería a ese aspecto de la cuestión. Perdone si la he molestado con semejante pregunta.

—No tiene por qué molestarme. También hay alguien en la casa que tiene una muñeca. Una muñeca muy particular —sonrió Mireille, contemplándome burlona.

—¿Muy particular? —la miré fijamente—. ¿En qué sentido?

—En todos. Es como... como si fuese una muñeca viviente.

Muñeca viviente. Era la segunda vez en poco tiempo que oía esa frase en labios diferentes aunque en ambos casos en boca de una mujer. Me sentí excitado, y me puse rígido. Derramé café de mi taza, y el rostro de Mireille reveló sorpresa e inquietud ante mi reacción.

—¿Cómo ha dicho? —mi voz era un jadeo—. ¿Por qué ha llamado a esa otra muñeca de ese modo? ¿Existe alguna «muñeca viviente»?

—Claro —rió ella suavemente—. Monsieur Pholien tiene una así. Y es vecino nuestro. Vive precisamente debajo de usted, frente a mi propia puerta.

—¿Monsieur Pholien? ¿Quién es él?

—Un ventrílocuo. Su muñeca, Clo-Clo, es famosa en los ambientes nocturnos de París. Alguna vez fue una figura en el music-hall. Ahora trabaja en pequeños cabarets de barrio, junto a viejas glorias del espectáculo. Pero Clo-Clo sigue siendo bien recibida por el público.

—Entiendo —suspiré, echándome atrás en el asiento—. Un ventrílocuo... Una de esas muñecas que mueven ojos y boca y hablan con la voz de su dueño.

—Exacto. ¿Es que no hay ventrílocuos en Escocia? —se extrañó ella.

—Sí, por supuesto. Pero no había pensado en eso. No creo que la muñeca que yo vi pudiera ser Clo-Clo... aunque claro está, podría ser la de un ventrílocuo.

—¿La muñeca que usted vio? —Mireille arrugó el ceño, preocupada —. ¿A qué se refiere?

Se lo conté con pocos detalles, sin mencionar para nada lo ocurrido en casa de Pascale. Ella me escuchó en un asombrado silencio. Luego meneó la cabeza negativamente.

—No sé —confesó con un respiro—. Es una cosa rara. ¿Por qué habría de dejar el señor Pholien o cualquier otro la muñeca en el rellano, al sonar el grito de madame Verneil?

—No puedo responderle a eso. Pero ocurrió. Estoy tratando de saber por qué. La muñeca no sólo era vieja y fea. Tenía un aspecto desagradable. Yo diría que casi siniestro.

—¿Ya sabe lo que ocurrió en el piso de enfrente, en el otro ático? — me interrogó de pronto Mireille.

—Si —suspiré—. Lo sé.

—Aquella niña jugaba siempre con una muñeca...—recordó ella, entornando los ojos—. La recuerdo borrosamente, pero sé que era una muñeca fea y vieja como la que usted menciona. Tampoco tiene sentido que aparezca ahora allí. La niña desapareció y nadie ha vuelto a verla.
—Pudo volver a la escena del crimen.
—¿De noche? ¿Y después de tanto tiempo? Lo dudo. Una niña a tales horas por París tendría que llamar lógicamente la atención. Además, de noche, el portal está cerrado.
—Entonces tuvo que ser alguien de la casa.
—¿Con qué objeto?
—Lo ignoro.
—¿Piensa que quisieron asustarle?
—Es posible, pero no lo sé.

—Es un modo ingenuo de asustar a un hombre adulto. Además, no le veo sentido.

—Tampoco yo. Nada tiene sentido en realidad.

—Pero ¿por qué se preocupa tanto por ello? Quizás fue un incidente sin importancia. Acaso monsieur Pholien regresó ebrio a casa, subió un rellano más y dejó su muñeca olvidada allí al regresar a su piso. Entonces, el grito de madame Verneil le sobresaltaría, haciéndole recordad su muñeca, y regresó a por ella entrando en casa.

—Sí, eso sería una explicación —admití—. Gracias por ayudarme, señorita Descamp. Creo que usted halló una explicación posible a los hechos. Fui un necio al no pensar en algo así, pero ignoraba que tuviese un ventrílocuo por vecino. Sin embargo...

—¿Qué? —me interpeló ella—. ¿Algo más?

—No, nada —rehusé hablar de Pascale y su «visión», y me puse en pie, dejando el importe de la consumición sobre la mesa—. ¿Vamos ya?

—Cuando quiera —asintió la joven, todavía dubitativa.

Fuimos hacia la puerta. De repente me detuve. La tomé por un brazo.

—¿Cuánto cobra por posar para un cuadro?

—Vestida, dos francos la hora. Desnuda, cinco francos — me dijo, clavando sus ojos en mí.

—Bien —suspiré. Saqué del bolsillo unos billetes. Conté quince francos y se los tendí—. Venga mañana a mi estudio. Haré su retrato. Tres horas bastarán para empezar.

—Gracias —guardó el dinero con sencillez—. ¿A qué hora?

—No demasiado temprano —sonreí—. Me gusta levantarme tarde. Pongamos a... las once.

—A las once estaré allí, sin falta. ¿Desea algo más de mi?

—No. gracias. Buenas tardes, y perdone la molestia, mademoiselle.

—No tengo nada que perdonar. Usted me cae bien. Somos amigos, de modo que puede contar conmigo cuando quiera hablar con alguien.

Me sonrió con aquella peculiar malicia suya y entró con rapidez en la casa. Yo, con mi cuadro bajo el brazo, me resistí a entrar todavía. Caminé calle abajo. En la esquina, me detuve a contemplar los afiches de varios cabarets parisinos, anunciando sus espectáculos. Maurice Chevalier trabajaba en el «Lido». Y Mistinguette en el Moulin. También se anunciaba un famoso ventrílocuo italiano en otro local nocturno.

Eso me recordó a monsieur Pholien y su Clo-Clo. Traté de recordar bien a la muñeca del rellano del ático. ¿Era la figura de un ventrílocuo, un monigote articulado capaz de fingir movimientos? ¿Por qué habló Pascale en su visión, de una muñeca viviente, interponiéndose entre nosotros dos?

Decidí regresar a la casa. Iba a visitar a un vecino mío. A monsieur Pholien, el ventrílocuo. Estaba decidido a ello.

Subí los escalones de tres en tres, me detuve jadeante ante su puerta, justo frente a la que correspondía al piso de Mireille y su madre. Antes de llamar, llegaron a mi oído gritos de mujer, algo apagados, en la vivienda de la joven. Eran dos voces las que disputaban agriamente. Ambas de mujer. Después, sonó un violento portazo, y se hizo el silencio. Por alguna razón, madre e hija discutían acaloradamente. Las personas de edad, cuando están sujetas a una silla de inválidos, acostumbran a ser difíciles de sobrellevar, pensé para mí, pulsando el timbre de monsieur Pholien.

Momentos después, un indescriptible personaje digno de una vieja farsa, me abría la puerta. Contemplé, asombrado, su vetusto frac apolillado, sus guantes blancos, tiznados en varios puntos, su cuello duro, su corbata lacia de pajarita, sus cabellos grises y demasiado largos, su fino bigotito retorcido, de guías elevadas, sostenidas con gomina.

Tenía los ojos enrojecidos y había huellas de llanto en su rostro. Me sentí muy cohibido y comencé a hablar, balbuceante:

—Perdone, creo que tal vez le esté molestando, señor... ¿Es usted... es usted monsieur Pholien, el ventrílocuo?

—Si —contestó con voz lastimera, mirándome con languidez—. Lo soy, monsieur... ¿Quién es usted?

—Su nuevo vecino de arriba. Quería hablar con usted un momento...

—Lo siento. Vuelva en otro rato. No estoy para nada. Compréndalo, señor... Le ruego que se marche. Le atenderé en cualquier otra ocasión, tiene mi palabra. Pero no ahora.

—¿Le sucede algo? —indagué, alarmado—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Nadie puede ayudarme ya —estalló en un repentino sollozo—. Nadie en el mundo me puede ayudar, señor... Ella se marchó. Me dejó solo...

—¿Ella? —le miré, perplejo—. ¿Su esposa, alguien de su familia...?

—Mi ser más querido. Mi inseparable, mi adorada Clo-Clo... —su llanto se hizo copioso—. ¡Me ha abandonado para siempre! No está en casa. No está, ¿comprende? Clo-Clo se ha ido...

Torpemente, creí entender sus doloridas palabras. Y me sentí más asustado que nunca. Porque el ventrílocuo hablaba de su muñeca.

Al parecer, ésta había desaparecido.

CAPITULO IV

Era la verdad. Clo-Clo había desaparecido.

Pude comprobarlo cuando al final el lloroso *monsieur* Pholien se avino a razones y me dejó entrar en su destartalado, polvoriento y triste piso. 1.a muñeca del ventrílocuo no estaba en su caja. Ni en parte alguna. El juraba ignorar dónde se hallaba. E insistía en que le había abandonado. Como si, realmente, su muñeca estuviera viva y gozara de existencia propia.

Revisé los útiles del artista, descubriendo otros muñecos, todos ellos averiados y viejos, arrinconados los más en los lugares menos imaginables. Pero, ciertamente, ni rastro de la famosa muñeca. Como en su histeria enfermiza era imposible sacarle de la idea de que su Clo-Clo tenía vida propia y era capaz de tomar decisiones por su cuenta, opté por examinar el asunto de un modo personal y sin contar con su ayuda para nada.

La caja destinada a su personaje favorito, el que le había dado la popularidad, estaba bien cuidada, pintada recientemente. Su vacio interior no me reveló gran cosa, salvo la presencia de polvo, como en todos los puntos de aquella vivienda. Y algo más, que se quedó adherido a mis dedos cuando hurgué en su fondo.

Era pelo. Pelo humano. Muy negro, casi azabache. Estudié aquel pequeño mechón y me estremecí. Recordé a la muñeca del rellano. Pelo negro, ojos brillantes, de vidrie? color claro, no sabía si azul, verde o qué otro tono. Alcé los pelos en mis dedos, y me acerqué a *monsieur* Pholien, que sollozaba en un rincón, como un patético monigote más de su colección.

—¿Este cabello era de su muñeca? —indagué.

Lo miró entre lágrimas y sus sollozos se hicieron más profundos. Comenzó a lamentarse entre dientes.

—*Oui, monsieur, oui* —gimió—. Son suyos... Cabello natural de la mejor clase. Me costó mucho dinero renovarle su pelo para que estuviera presentable... Y la ingrata me lo paga así ahora...

—Por favor, ¿podría describirme cómo es Clo-Clo? —me mostré casi afable con él—. Tal vez... tal vez pueda anidarle a encontrarla...

—Es hermosa... La más hermosa criatura que jamás trabajó conmigo... —me señaló hacia el fondo de la desordenada vivienda—. Mire allí dentro. En mi mesilla de noche. Verá una fotografía de los dos. Es la más reciente...

Caminó hacia el fondo de la casa con una rara sensación de desagrado. Me repugnaba el lugar. Me resultaba incomprensible la neurosis de aquel desdichado y viejo ventrílocuo, atribuyendo una vida humana a sus muñecos de cartón y cera. Ahora, como si se

tratara de una criatura viviente, iba a ver la fotografía de Clo-Clo.

El dormitorio olía mal, la cama estaba deshecha y había botellas vacías de absenta por doquier. El pobre diablo no sólo era un neurótico. También era un borrachín. Sentí pena por el. Apartando botellas y ropas sucias, llegué a la mesilla. Miré la fotografía enmarcada en un viejo marco de madera dorada, y me estremecí.

Allí estaba, sobre las rodillas de *monsieur* Pholien, en una fotografía hecha con poca luz, lívida a causa del magnesio. Clo-Clo, la muñeca desaparecida.

Era la misma. La muñeca de la escalera.

* * *

Monsieur Duprez escuchaba atentamente mis palabras sin interrumpirme. Cerca de nosotros, el viejo Lafarge, el conserje de la casa, ordenaba la correspondencia que el cartero acababa de dejarle, inclinada su espalda sobre la mesa que tenía ante la ventanilla abierta de su portería, en el amplio y lóbrego zaguán del edificio. No parecía hacernos gran caso, pero yo creía conocerle bien ya, en el poco tiempo que allí llevaba. Como casi todos los porteros, tenía el oído muy atento a cuanto charlábamos ahora el elegante caballero Duprez y yo.

El hombre canoso, del bastón, el sombrero, los guantes de cabritilla y el abrigo oscuro, siempre desabrochado, suspiró al terminar yo mi relato. Meneó la cabeza con cierta desgana. El bigote bien cuidado, sobre su delgada boca, parecía de plata.

—Interesante —murmuró—. Muy interesante. Y fantástico también.

—¿Interesante? —dudé—. Yo diría que todo es absurdo y grotesco.

—Mi querido *monsieur* McCoy, ustedes los británicos resultan terriblemente faltos de imaginación para proceder de unas islas tan brumosas y llenas de hechizo como las suyas —se lamentó el caballero francés amargamente, contemplándome casi con lástima—. Nosotros, los latinos, tenemos otro concepto más idealizado de las cosas. ¿Es que no le parece realmente fantástico que un pobre y viejo artista lleve su fantasía hasta el extremo de crearse una criatura viviente de un simple trozo de madera y cartón encerado, mejor o peor realizado para representar una muñeca? ¿No es maravilloso que la mente de un ser sin familia, solo, anciano y desvalido, en plena decadencia profesional y humana, idealice su monigote inanimado hasta concederle una dimensión totalmente humana y hacer de su *partenaire* de cartón una compañía cálida y sensible

—Ustedes, los franceses, son capaces de convertir en deslumbrante y mágico lo más sórdido del mundo —me quejé yo con irritación—. Yo veo en esa deformación de las cosas una cierta

complacencia morbosa, una psicosis de soledad y aislamiento que puede conducir a un hombre a la locura. Y hacerle realizar cosas horribles, que luego sería capaz de atribuir a un simple muñeco sin vida.

—No, no, mi querido amigo —protestó Duprez—. No creo peligroso ni agresivo el pobre Pholien. Pero de todos modos, eso que usted dice les sucede a casi todos los ventrílocuos. Conozco a uno en pleno éxito, un tal Pierre Letaille, que considera a sus tres muñecos como algo propio, familiar, algo así como hijos suyos, y los mima y cuida como a tales. Incluso habla con ellos en privado, como si estuviese ante el público. Y dudo mucho que por ello esté loco ni sea peligroso. Es simple deformación profesional, amigo mío. Como el carnicero que, por ejemplo, descuartiza a un ser humano en un arrebato de odio o de cólera. Sin darse cuenta, está llevando su propio oficio a otra dimensión, eso es todo.

—Una dimensión muy peligrosa, ¿no? —sugerí con desagrado.

—Bueno, era sólo un ejemplo —rió suavemente Duprez—. No quise decir que un ventrílocuo sea capaz de matar a nadie, atribuyendo su crimen a uno de sus muñecos.

—Pero en esta casa mataron a una mujer —le recordé secamente —. Una niña desapareció, tras ser testigo de ese crimen, usted mismo me lo dijo. Yo he visto una muñeca idéntica a Clo-Clo en el descansillo de la escalera, frente a mi puerta, justo ante la otra puerta, la del ático del crimen. Y ahora, Clo-Clo ha desaparecido. Según su dueño, por propia voluntad, abandonándole. Según mi propia lógica, quizás destruida por el propio Pholien... o robada por alguien, pero si es así, ¿con qué motivo?

René Duprez se mantuvo en silencio unos momentos, acariciándose pensativo su mentón con la empuñadura de plata de su bastón. Luego meneó la cabeza en sentido negativo, fijando sus ojos en mi. Lafarge se retiró de la ventanuca de su portería, con andar renqueante, farfullando algo ininteligible entre dientes.

—No lo sé —confesó mi nuevo amigo y vecino—. Parece usted muy interesado en todo esto, para ser un recién llegado a esta casa, *monsieur* McCoy...

—Tengo mis motivos para ello. Primero, haber sido el único que vio esa muñeca en mi primera noche aquí. Después, haber entablado relación con una muchacha hipersensible, artista como yo, que parece tener visiones paranormales muy curiosas.

—¿De veras? —Duprez enarcó las cejas, sumamente interesado en apariencia—. ¿Qué clase de visiones?

—Algo relacionado también con una muñeca que ella considera cruel y perversa, dotada de vida propia. Y, ciertamente, yo no le hablé en ningún momento todavía sobre esa maldita muñeca...

—Si es tan hipersensible como dice, tiene una fácil explicación —manifestó él con acento indiferente, encogiéndose de hombros—: telepatía. Yo creo en ella. No es magia, sino algo casi demostrado en nuestros días. Una especie de teléfono mental entre dos personas afines y sensitivas. Usted pudo transmitirle sus propias preocupaciones, sin ni siquiera darse cuenta.

—Es posible. Pero no lo creo. Si he de serle sincero, me preocupa tanto este asunto por una razón muy concreta.

—¿Cuál?

—Estoy asustado, *monsieur* Duprez.

El no se sonrió ni se burló de mí, como yo esperaba. Por el contrario, frunció el ceño, miró hacia el hueco de la escalera sin ascensor de la vieja casa y comentó en voz baja, suavemente:

—Sí, le entiendo. Hay que ser un joven muy valeroso para admitir que se siente miedo, mi buen amigo. Pero creo que no tiene motivos para ese temor. La persona asesinada en esta casa era una desconocida para usted. El hecho ocurrió hace un año. Y desde entonces, nada anormal ha sucedido aquí... hasta que usted llegó.

—¿Qué quiere decir con eso? —me molesté—. ¿Acaso me considera responsable de que esa mujer medio chiflada grite en la noche, o de que el viejo Pholien pierda su muñeca favorita?

—No, no, *mon ami* —rechazó vivamente Duprez con un ampuloso además—. Nada de eso. No sospecho que usted sea culpable de nada, perdóneme. Si acaso, sólo catalizador de ciertos acontecimientos inexplicables, quizás porque, como esa joven colega y amiga suya, usted mismo es altamente sensible a ciertos fenómenos. Pero de sospechas, nada. No me considere a mi también un profesional deformado hasta ese punto, querido McCoy.

—¿Deformado profesional usted? —me encogí de hombros—. Ni siquiera sé cuál es su oficio, *monsieur* Duprez.

—¿De veras? ¿No se lo dije? —pareció desolado por ese simple hecho—. No sabe cuánto lo lamento, amigo mío... Debí decírselo cuando le conocí. En realidad, creí haberlo hecho. Yo vivo retirado ya. Pero mi profesión ha sido la de policía... Yo fui el comisario de la Süreté René Duprez...

* * *

—¿Policía? Sí, en efecto. *Monsieur* Duprez fue comisario de distrito hasta hace cosa de cuatro o cinco años, en que se retiró —afirmó Mireille Descamp, inmóvil y desnuda bajo la luz nublada de la mañana parisina, justo debajo de la claraboya del estudio—. ¿No lo sabía?

—No —negué, trazando los últimos rasgos del boceto de aquel cuerpo escultural, joven y pletórico, quizás excesivamente opulento en senos y nalgas, aunque ello no hacía sino asemejar mi modelo más a

una *madonna* de Rubens que a un modelo de Modigliani, pongamos por caso—. No lo sabía. Pensé que sería también un artista, como tantos otros que viven en esta casa.

—Si, tiene usted razón —suspiró ella—. Aquí, casi todos han sido o son gente del mundo del arte. Esa pobre mujer enferma c histérica, *madame* Verneil, fue cupletista en *cafés-concert* hasta perder la voz y el equilibrio mental. Luego se dedicó a vender flores por las calles y cafés de París, hasta que consiguió una pequeña pensión por parte del Gobierno. Mi propia madre...

—¿Su madre también fue artista? —me sorprendí, dejando de trazar la curva firme de sus pechos, rematados en fresones seductores, para mirar aquel desnudo hasta dar con mis ojos en los de ella.

—Si —suspiró la joven modelo—. Mamá fue artista, *monsieur* McCoy. Pero no cantante, ni bailarina ni cosa parecida, aunque yo si quería serlo. Ella fue actriz dramática. Una excelente actriz, por cierto. Representó teatro clásico en París. Ya sabe: Moliere, Rostand, Shakespeare... También hizo alta comedia. La contrataron para una representación especial, al aire libre, de una tragedia griega, *Medea.* Estando en un elevado punto del decorado natural, entre columnas romanas, sufrió un desvanecimiento y cayó. Fue una caída muy grave. Pudo haberse matado. Salvó la vida, pero no las piernas. Quedó paralitica. Para siempre, *monsieur.* Incluso en una silla de inválida representó su última interpretación en homenaje a su carrera. La simple lectura en un escenario de *Casa de muñecas,* de Ibsen. Tuvo un gran éxito. El último de su vida. Se retiró con el beneficio de aquel homenaje, que no era gran cosa, pero que resultó de una ayuda hasta poder valerme yo por mí misma en trabajos distintos para ayudarla. Como ve, es una triste historia. La de otra artista olvidada. Esta es la casa de la gente que fue algo y ya no es nada.

—Lo siento de veras —murmuré, dejando de dibujar sobre el lienzo —. Admiro su valor para sacarla adelante. Creo que esto es todo por hoy, Mireille... ¿Me permite que la llame así?

—Claro —los ojos de la joven brillaron. Se irguió. Sus senos temblaron, vibrantes, firmes—. Pero me pagó por más tiempo...

—No puedo seguir. Me noto cansado —pretexte—. Es mejor que se vista y vaya a hacer otras cosas. Mañana seguiremos la tarca, Mireille.

—Pero no tendrá que pagarme de nuevo por esa sesión, *monsieur.*

—Bah, no diga tonterías. Su trabajo es posar mientras yo pueda trabajar en el lienzo. Eso es lodo. Cobrará su nueva jomada normalmente. Y puede llamarme Peter, si lo desea. Tanta ceremonia me hace sentir más viejo —sonreí.

Ella cubrió su espléndida desnudez con una tela y fue a vestirse a

la salita contigua, la única habitación de la casa, aparte la del estudio-comedor-dormitorio; era la destinada a aseo y servicios.

Cuando apareció, sus ropas sencillas y limpias envolvían aquellas formas generosas y jóvenes. Me dirigió una sonrisa, tras contemplar el boceto inicial en la tela.

—Lo hace usted muy bien, Peter —elogió.

—Gracias. Me falta mucho para ser un buen pintor. Sólo estoy aprendiendo, recuerde.

—Estoy segura de que será un gran artista en el futuro... ¿A la misma hora mañana?

—Sí, por favor —asentí, distraído, mis ojos perdidos en la brumosa panorámica parisina de Pascale Barray.

Ella se dirigió a la puerta. Se detuvo un momento para mirarme. Me dijo algo inesperado:

—Le preocupa mucho esa muñeca, ¿verdad?

Me sobresalté. La contemplé, intrigado.

—¿Por qué lo sabe? —repliqué.

—Le oí salir del piso del viejo Pholien ayer. Y le vi hablar con el ex-comisario Duprez en el zaguán. Capté alguna palabra. El hueco de la escalera hace resonancias, ¿lo sabía?

—No, no lo sabía —seguí mirándola fijamente—. ¿Qué piensa usted de todo eso?

—No sé qué pensar. Pero considero al viejo Pholien inofensivo. Son manías de viejo artista. El que le robó a su Clo-Clo es un miserable. No se merece un disgusto así el pobre hombre...

—Usted misma me puso sobre la pista del viejo Pholien y su muñeca, ¿no?

—Sólo por su interés en ese asunto. Luego he recordado algo que quisiera decirle.

—¿Qué es ello?

—Clo-Clo no ora un ejemplar único.

—¿Qué quiere decir?

—Que Pholien tenía la Clo-Clo original. Pero con motivo de unas representaciones especiales el año pasado, en el Olympia, creo que las últimas realmente dignas que el pobre hombre ha hecho, una firma comercial hizo confeccionar varias reproducciones de esa muñeca.

—¿Y...?

—Se sortearon entre el público asistente. El bueno de *monsieur* Pholien tuvo un buen detalle: obsequió con un ejemplar a una persona de esta escalera, como un recuerdo de esa fecha. La muñeca era algo más pequeña que la original, pero una copia exacta.

—Ya. ¿Y a quién le hizo ese obsequio? —me interesé vivamente.

—A Christine, la pequeña hijita de *madame* Dubois, la vecina de

esa puerta de enfrente, que pocas semanas después moriría asesinada...

CAPITULO V

Christine.

Christine... Una nueva obsesión que traté de alejar de mi.

Aquel día transcurrió sin novedad alguna. Fui a visitar a Pascale, pero nadie respondió a mis llamadas. Su patrona me dijo que se había recuperado bastante, saliendo de casa sin decir adónde iba. No la encontré en el pequeño restaurante de la Rué Lafayette, Chez Gaston, ni deambulando o pintando por la orilla del Sena en los puntos donde habitualmente se alinean toda clase de pintores en busca de su eterno tema a base de las aguas del rio, la Torre Eiffel y los puentes.

Volví a su casa más tarde, pero seguía sin regresar. Algo defraudado, e incluso ligeramente inquieto por su ausencia tras el *shock* del día anterior, regrese a casa y cené frugalmente en mi propio estudio, retocando ligeramente el apunte del desnudo antes de tumbarme en la cama y leer un libro, mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo. No logré centrar mi atención en lo que leía pese a mis esfuerzos.

Christine...

Volvió el nombre a mi mente. El nombre de la niña desaparecida. Christine Dubois, si es que realmente se llamó así alguna vez su infortunada madre. Ella también había tenido una Clo-Clo de menor tamaño, copia de la muñeca del ventrílocuo.

Recordé aquel momento en la noche: la puerta de enfrente, la muñeca mirándome... Con su torcida sonrisa, sus ojos de vidrio, su pelo negro brillante, su vestidito azul desvaído...

—Dios mío, acabaré volviéndome loco si sigo pensando en eso —me dije a mi mismo, tirando el libro al suelo y sirviéndome una copa de vino de una botella mediada de contenido, residuo de mi escasa cena.

Bebí, paseando descalzo por la buhardilla. Alcé la cabeza al oír un leve sonido, un sordo golpeteo en la vidriera del tragaluz. Estaba tan inmerso en mis oscuros temores, que llegué a pensar si no sería la visita del cuervo la que producía esos golpecitos sobre el vidrio, y que de un momento a otro iba a oír su voz, repitiendo en mis oídos la alucinante cantinela: «¡Nunca! ¡Nunca!...» (1).

(1) El personaje alude aquí al poema de Edgar Allan Poe «El Cuervo», obra de extraña y hermosa poesía a la que el propio autor calificó de trabajo minucioso y rígido, cuando en realidad da la impresión de ser todo lo contrario, como una improvisación portentosa y enigmática, digna de su genial creador. (N. del A.)

Pero no había cuervos literarios sino en mi imaginación. El sonido lo producía prosaicamente la lluvia. Goterones repentinos y gruesos estaban tamborileando sorda y repetidamente en el tragaluz del

tejado. Luego, la lluvia corría formando regueros por el declive de la vidriera, como si fueran lágrimas de un ser invisible, fundido con la oscura noche parisina de Montmartre.

Cogí la copa de vino para apurarla. Estaba a medio sorbo cuando se repitió el terrorífico grito de mujer. No una, sino hasta tres veces, retumbó lúgubremente en toda la alta y angosta escalera.

Me estremecí. De mis dedos, cayó la copa, rompiéndose al golpear de refilón el borde de la mesilla. El vino tinto, como sangre, se derramó en la alfombra, formando un charco oscuro entre vidrios quebrados. Me quedé mirando todo ello como hipnotizado. Por cuarta vez en pocos segundos, la demente señora Verneil gritó otra vez, allá en su piso de dos o tres plantas más abajo.

Irritado, calcé mis pies en los zapatos y fui a la puerta. Abrí, saliendo al rellano. Me asomé por el hueco de la escalera, tras comprobar, de una temerosa ojeada, que esta vez no había rastro alguno de muñeca enfrente de mi puerta.

La luz brotaba de la puerta abierta de un piso, justamente dos plantas más abajo, en la misma mano de la escalera que la vivienda del viejo *monsieur* Pholien. De allí brotó un cuarto grito. Luego, ese grito se volvió paulatinamente ronco, hasta formar un horrible gorgoteo. Y, por fin, el silencio.

Nadie, en la escalera, asomó en ningún momento. Era obvio que los alaridos nocturnos de la infortunada mujer eran aceptados ya por los vecinos como una molestia inevitable.

Tal vez yo mismo hubiera regresado a mi alojamiento, cerrando la puerta y acostándome sin pensar en más, de no haber vislumbrado de pronto una sombra alargada, dibujándose en el rectángulo apaisado que la luz del piso proyectaba sobre el descansillo.

Era la sombra de una figura con falda corta, trenzas con lazos. Y arrastraba de su mano una sombra más pequeña, igualmente con apariencia de pertenecer a una niña más pequeña. Pero singularmente fláccida y como sin vida.

Sentí un escalofrío. ¡La sombra era la de una niña portando una muñeca! La idea me asaltó de forma vivida. Lancé un grito ronco de horror y grité, inclinándome peligrosamente sobre la vieja barandilla, hasta asomar más de medio cuerpo por el hueco:

—¡Eh, quieta! ¡Quieta ahí, quienquiera que seas!

La sombra se alargó más aún. Luego se acható de repente, mientras yo me echaba atrás, iniciando el descenso de la escalera a tumba abierta, saltando los peldaños de cinco en cinco.

Abajo, en el rellano de *madame* Verneil, capté una risita extraña, escalofriante. Era una risa suave, aguda, llena de maligna burla. Resonó con un eco térrico en la vetusta escalera y se diluyó en las sombras. Yo pasé como una exhalación por el piso de *monsieur*

Pholien y de Mireille y su madre. Seguí bajando. En el rectángulo de luz de la puerta abierta, ya no se veía a nadie. Ni rastro de aquella sombra diabólica.

—¿Dónde diablos te has metido? —rugí airadamente—. ¡No escaparás esta vez!

Llegué al descansillo de aquel piso. La puerta de *madame* Verneil continuaba abierta de par en par. Las luces del recibidor y del pasillo estaban encendidas. Pero no pensaba entrar allí, sino buscar en la oscura escalera a la persona que proyectara su sombra en el descansillo.

Esa era mi idea. Tuve que cambiarla sobre la marcha. El horror y la incredulidad me obligaron a ello. Sentí mi cuerpo como paralizado, mis piernas se negaron a correr y, aunque quise gritar, de mi boca brotó un sonido inarticulado y ronco.

Mis ojos se mantuvieron fijos en el piso abierto. En la forma tendida en el pasillo, no lejos del recibidor. En la larga mancha oscura, un reguero rojo que corría desde allí hacia la puerta. Y esta vez no era vino tinto.

Era sangre. Sangre humana.

El rostro crispado, de ojos desorbitados y vidriosos, de una anciana de pelo blanco y ralo, me contemplaba sin verme, desde el suelo ensangrentado. Era, sin duda, *madame* Verneil. O lo había sido en vida. Descubrí con horror infinito el tremendo tajo que hendía su garganta de oreja a oreja.

—¡Dios, no! —logré balbucear, tambaleante, apoyándome en la barandilla de la escalera. Dudé, sin saber qué partido tomar. La humanidad me condujo junto a la desdichada mujer, por si era posible prestarle alguna ayuda. No pude sino comprobar que estaba muerta, y que nadie hubiera podido sobrevivir a semejante herida en el cuello.

Regresé a la escalera, alucinado, inclinándome sobre su oscuro hueco. No vi ni rastro de aquella figura fantasmal. Pero tenía que intentar dar con el extraño visitante de la noche, cuya presencia coincidiera en aquel piso con el último grito de *madame* Verneil y, por tanto, con su muerte trágica y violenta.

Corrí escaleras abajo, hasta el mismo zaguán. Me detuve junto a la cerrada portería, escudriñando desconfiadamente la oscuridad del portal. Lamenté no llevar algún arma conmigo, aunque fuese un cuchillo de cocina o un objeto contundente. La persona que degolló a la anciana no parecía dispuesta a bromear.

De nuevo me rozó los tímpanos el eco burlón y siniestro de aquella torva risita. Estremecido, giré la cabeza. Alcancé a ver, con pavor, una leve rendija de claridad en el portalón. Luego, éste chascó, cerrándose, y el tenue reflejo del alumbrado callejero se extinguió.

De nuevo corrí desesperadamente, cruzando el zaguán. Forcejeé

con la puerta, cuyo pestillo interior iba bastante fuerte a causa del óxido. Logré abrir, salí corriendo a la calle. La lluvia azotó mi rostro y mojó mi pelo y mi camiseta. Tirité, recordando entonces que sólo llevaba camiseta y calzón, además de zapatos. Mi aspecto debía de resultar tremendamente ridículo, pero eso importaba poco ahora.

Era tarde y apenas circulaba nadie por la calle. Las farolas del alumbrado permitían ver caer la cortina de lluvia, cada vez más densa. La desapacible noche no invitaba a pasear. En la distancia, una *limousine* negra rodó a buena velocidad hacia los bulevares. De algún piso, me llegó entre el rumor de la lluvia una canción de Josephine Baker, desde algún gramófono de cuerda.

Miré en ambas direcciones. No vi rastro alguno de la persona que reía, fuese niña, muñeca o espectro. A mi izquierda recordaba que había una *boulangerie,* un pequeño bar, un cierre metálico de un almacén y, luego, una tapia alta de un patio que iba a terminar en la esquina inmediata. Por mi derecha, en cambio, existía una posibilidad de evasión para alguien que pretendiera desaparecer de allí lo antes posible. Tras la vecina taberna y un pequeño establecimiento dedicado a reparación de calzado, había un pasaje comercial con salida a la calle paralela. Las puertas de ese pasaje no se cerraban durante la noche, y su interior era oscuro y largo. Me dirigí hacia ese punto con resolución. Lo alcancé en pocas zancadas» y me detuve en su oscuro umbral, escudriñando lo mejor posible su interior. Allí no se veía apenas nada, salvo el reflejo de una farola en la otra calle, al final del pasaje en sombras, con sus tiendas cerradas. Si había alguien escondido allí dentro, sería tan invisible como si no existiera. Pero yo sabía que los ojos se habitúan a la oscuridad y llegan a ver algo aun en las más densas tinieblas. Aunque era un riesgo demencial, decidí intentarlo.

Me metí en el callejón, sobre el suelo empedrado. Al menos allí no llovía, al ser un pasaje cubierto por el propio edificio donde se abría. Avancé lentamente, paso a paso, mirando a uno y otro lado con recelo, mis nervios en tensión.

De pronto me paré en seco. Un brillo súbito, mortecino, se había hecho visible ante mí, en una zona de sombras. Era el brillo de unos ojos, pensé con un escalofrío.

Unos ojos humanos, fijos en mí desde la sombra. ¿O no eran ni siquiera humanos?

Me puse en guardia. Reduje el ritmo de mis pisadas. Avancé lentamente, recto hacia esos ojos que parecían brasas en la oscuridad. Me paré en seco a poca distancia de su propietario. Y amenacé, con voz áspera, cortante:

—Salga de ahí, quienquiera que sea. Voy armado —mi mano derecha, para dar esa impresión, estaba medio oculta por mi pierna,

fingiendo empuñar algo.
—¡Cielos, no, no dispares, Peter! —sollozó una voz apagada, desde las tinieblas.
Y con su inconfundible boinita sobre los cabellos de color rojo, y sus ojos verdes centelleando de terror, apareció ante mi, muy pálida, Pascale Barray.

* * *

Se abrazó a mí, asustada. Noté los temblores de su cuerpo pegado al mío. La rodeé con mi brazo izquierdo, manteniendo el derecho todavía pegado a mi cadera, como si realmente esgrimiese un arma.
—¡Pascale! —murmuré, sin comprender—. ¿Qué hacías tú ahí? ¿De qué te ocultas?
—No, no me oculto de nada —jadeó, apoyando su rostro en mi hombro—. Venía a verte. Estaba muy asustada. Y cuando te vi aparecer en el pasaje, me oculté, pensando en que eras algún enemigo, posiblemente un ser amenazador...
—¿Cómo podías venir a verme a estas horas de la noche? —me sorprendí—. No es el momento más adecuado para hacer visitas, Pascale...
—No era una simple visita, Peter. Tengo graves motivos para desear verte cuanto antes. Estoy asustada... Muy asustada. Sé que esta noche va a ocurrir algo espantoso. Si es que no ha ocurrido ya. Tuve otra visión... Tu casa, Peter. Y vi sangre. Sangre humada. Presentí la muerte, ¿comprendes? Suena absurdo, pero lo vi con claridad. Tuve miedo por ti, quise prevenirte...
—Llegas un poco tarde —resoplé con cansancio—. Tu visión fue cierta, Pascale. Empieza a asustarme tu poder mental. Pero hay otras cosas que me asustan más. Acabo de descubrir el cadáver de una anciana vecina mía. La degollaron hace poco...
—¡Dios mío! —Pascale se echó atrás y me miró con infinito horror —, ¡Era cierto!...
—Muy cierto, amiga mía. Iba persiguiendo a alguien que salió de ese piso tras morir mi vecina...
—¿Persiguiendo a alguien? ¿Aquí? —se horrorizó ella.
—Si. Creí que este pasaje era un buen camino para huir.
—Lo es, Peter... —miró en derredor, angustiada—. Antes, cuando entré, creí ver algo, noté unos roces, un sonido apagado... como si hubiera alguien en este lugar...
Me puse rígido. La sujeté contra mí, girando el cuerpo y encarándome con las sombras del lóbrego pasaje. La oí murmurar

apagadamente, temblando contra mí:

—Peter, cuidado... Puedo intuirlo, casi sentirlo. Está cerca. Muy cerca. Es algo amenazador, terrible... La misma Muerte, Peter... nos acecha.

En ese momento lo vi. Era algo situado a espaldas de ella, de Pascale. Junto al sombrío muro del pasaje, entre los salientes de dos escaparates con cierre metálico.

Allí estaba. Supe enseguida que la Muerte presentida por Pascale vendría de aquel lugar. Grité roncamente algo, no sé que.

Y por puro instinto, arrojé a Pascale al suelo de un violento tirón. Y me lancé yo mismo al empedrado, junto a ella.

Mi breve demora, causada por mi interés en salvarla a ella antes que a mi mismo, fue el motivo de que aquel acero lanzado con fuerza diabólica desde las tinieblas, fuese a clavarse en mi brazo izquierdo. Sentí penetrar la punta afilada hasta cerca del hueso, por encima del codo, y chillé de dolor. Descubrí unas tijeras hincadas en mi brazo, vibrando aún tras el impacto.

Unas tijeras, que de no mediar mi instintivo gesto de arrojarnos Pascale y yo al suelo, se hubieran hincado mortalmente en la espalda de la muchacha. Ese había sido, en realidad, su auténtico objetivo al ser disparadas por el misterioso agresor.

Maldije entre dientes, intentando levantarme para perseguir a la sombra furtiva que ahora se alejaba, pegada al muro del pasaje, produciendo un leve roce de pies al correr. Pero el dolor y la sangre, que empezaba a brotar, corriendo a lo largo de mi brazo y empapando de rojo oscuro mi camiseta, me hicieron vacilar, cayendo de bruces, aturdido. Sentí que mi cabeza daba vueltas.

—¡Peter! ¡Estás herido! —gritó Pascale, mortalmente pálida, su rostro pegado aún al empedrado, muy cerca del mío—. ¡Dios mío, sangras mucho! ¡Son unas tijeras...!

—Sí, maldita sea —gemí—. Pudieron haberte asesinado, Pascale. Tengo que alcanzar a esa odiosa criatura, sea quien sea.

Forcejeé por incorporarme. Pascale me ayudó, pero solamente logré ponerme de rodillas y arrancar de un violento tirón las tijeras. Fue como si desgarrase mi brazo en dos. Todo dio vueltas en torno mío y caí de bruces otra vez. Traté de mirar al fondo del pasaje, pero apenas si vislumbré el reflejo de luz callejera, entre brumas. La lluvia, fuera de aquel lugar, batía ahora con fuerza.

—No veo... nada... —me quejé—. Ni siquiera puedo ver la silueta de ese maldito asesino que escapa...

—Yo sí la he visto, Peter —gimió Pascale, abrazándose a mí, angustiada—. Ha sido apenas un instante, pero... pero...

—Pero ¿qué, Pascale? —murmuré roncamente, mientras ella se arrancaba un trozo de su falda y con ello me atornillaba el brazo con

fuerte nudo, para impedir una mayor hemorragia.

—Creí... creí ver a una niña con... con una muñeca colgando de su mano —casi sollozó Pascale, mirándome con terror—. Una niña de unos nueve o diez años, Peter... Eso no es posible, ¿verdad?

Sacudí la cabeza, afirmativamente. La miré agradecido, mientras otro jirón de sus ropas servía para vendarme la herida, aunque eso no impedía brotar sangre del profundo boquete abierto por las tijeras.

—Si, Pascale —dijo con voz ronca—. Yo también creí ver a esa niña con la muñeca, cuando asesinaron a *madame* Verneil. Los dos no podemos habernos equivocado. Pero ¿qué significa una niña con una muñeca, Pascale? Es horrible, espantoso... imaginar que una pequeña criatura sea capaz de... de un horror semejante. Y sin embargo...

Dejé de hablar. Pascale se volvió, gritando asustada. Unas pisadas sonaban en el empedrado del callejón. Una sombra rígida venía hacia nosotros, recortándose contra la luz del alumbrado de mi propia calle.

Respiré hondo al identificar aquella corta capa impermeable, brillando mojado de lluvia, la gorra redonda, con visera, y la porra en la mano.

—¡Dios sea loado! —grité—. ¡Un gendarme! Gracias al cielo...

El policía, al oírme, aceleró sus pasos hacia nosotros.

CAPITULO VI

Era una mañana de mucho revuelo para la vecindad de la vieja casa de Montmartre. Los coches de la policía, aparcados ante la entrada, la presencia de un gendarme de servicio en el zaguán y de otro en el piso de la desdichada *madame* Verneil, eran notas de sensacionalismo en una comunidad normalmente tranquila y apacible. Pero en muchos rostros advertí la angustia de un mal recuerdo, así como pude captar en murmuraciones y comentarios, alusiones concretas a la muerte producida allí mismo un año antes, en la persona de una supuesta *madame* Dubois, ramera de oficio.

Me abrí paso como pude, de regreso del centro hospitalario donde atendieran mi profunda y nada grave herida causada por las tijeras del misterioso agresor del pasaje. Pascale había permanecido conmigo toda la noche y la mañana, y regresaba a mi lado, nerviosa e inquieta. El portero Lafarge era uno más de los chismosos que formaban corros en la acera. Evidentemente, se sentía protagonista, al poder relatar los hechos con todo lujo de detalles, escuchado con religioso silencio por los curiosos del barrio. Pasé junto a él sin que siquiera se diese cuenta de mi presencia.

En el rellano de la vivienda de *madame* Verneil, descubrí a *monsieur* Duprez hablando con un caballero rubio canoso que fumaba una gastada pipa con aire cachazudo. Las mangas del gabán de este individuo formaban hilachas sobre sus manos recias y nervudas. Al verme, el ex-comisario hizo un ademán ampuloso, deteniéndome.

—¡Oh, mi querido amigo McCoy! —exclamó calurosamente—. Estaba hablando precisamente de usted con mi buen amigo y colega, el comisario Jean Jouvet, de la Sureté. Me he enterado por la policía de su azarosa aventura de anoche... y de sus tristes consecuencias.

—Pudo ser peor —saludé con un movimiento de cabeza a ambos hombres—. Quien arrojó esas tijeras, pensaba matarme a mí... o a mi amiga, *mademoiselle* Barray.

Ah, ¿de modo que esta bella jovencita es la prodigiosa vidente de quien me habló? —hizo una cortes inclinación ante mi compañera—. ¿Qué le parece eso, amigo Jouvet?

El hombre de la pipa y de las mangas gastadas nos dirigió una ojeada indiferente. Pero capté en sus agudos ojillos sagaces un destello de inteligencia que me hizo comprender que su indiferencia hacia nosotros no era tanta como aparentaba.

—Notable —se limitó a comentar con sorprendente sequedad—. Muy notable, sí.

—Mi colega se ocupa del asunto del crimen —nos explicó innecesariamente Duprez—. Es un raro asunto. Acaban de interrogar

al ventrílocuo, *monsieur* Pholien. Y también a *mademoiselle* Descamp y su madre. Al parecer, las mayores sospechas se centran en ese viejo artista. Pero no hay nada concreto aún, ¿verdad, amigo Jouvet?

—Verdad —afirmó con su sequedad habitual el policía de la pipa. Miró pensativo a mi compañera—. ¿Qué hacia usted por esta vecindad anoche, *mademoiselle*? Mis hombres me contaron que estaba con *monsieur* McCoy en el pasaje vecino, cuando fue hallado herido y en paños menores.

—Ya hablé de ello a uno de sus agentes, en el hospital —suspiró Pascale, incómoda—. Tengo a veces visiones premonitorias. Una de esas me reveló que había un crimen en esta casa. Que corría la sangre y que mi amigo Peter McCoy corría peligro. Por eso vine hacía acá, sin importarme lo avanzado de la hora.

—¿Ninguno de ustedes vio al que lanzó las tijeras contra *monsieur* McCoy?

Pascale y yo nos miramos. Yo me encargué de negar:

—No, no vimos nada. Es decir...

—¿Qué? —me espetó el comisario Jouvet—. Siga, por favor. ¿Qué iba a decir usted?

—Creímos ver algo los dos. Ella, en el pasaje. Yo, en esta escalera. Imagino que ambos debimos equivocarnos. Es algo que no tiene el menor sentido.

—Adelante. Diga lo que sea, por absurdo que le parezca.

—Está bien. Ambos creímos ver alejarse a una niña de unos nueve o diez años, con una muñeca colgando de su mano.

—¿Ambos vieron lo mismo? —insistió Jouvet, arrugando el ceño.

—Sí —afirmó Pascale, serena—. Es un disparate, pero yo la vi saliendo del pasaje.

—Y yo, saliendo del piso de *madame* Verneil, tras su último y horrible grito, terminado en un estertor —remaché.

Jouvet nos contempló abstraído. Su pipa despidió un maloliente humo a vaharadas breves. Cambió una mirada con su colega retirado.

—¿Cree que una niña de esa edad podría lanzar las tijeras con suficiente fuerza como para hincarlas tan profundamente en el brazo de su víctima? —inquirió.

—Es muy dudoso que pudiera hacerlo —convino gravemente Duprez, balanceando su inseparable bastón—. Pero si los dos vieron la misma cosa... Además, está la niña desaparecida hace un año.

—Sí —afirmó Jouvet—. Christine Dubois... o como se llamase realmente. Nunca identificamos en la policía a su madre. La niña tenía entonces ocho años cumplidos. Podría ser ella la que vieron. No sería la primera vez que ella arrojara esas tijeras.

—Quizás alguien iba con ella. Una persona mayor —sugirió Duprez —. El asesino de su madre...

—No vimos a ningún adulto a su lado —negué yo—. Ni la señorita Barray ni yo.

—Esa muñeca que llevaba la niña, ¿podía ser la de *monsieur* Pholien? —se interesó el comisario Jouvet—. El ha perdido a su Clo-Clo, como sabrá...

—No podía ser la original. Era más pequeña. Pero sí su copia exacta.

—¿Copia exacta? —dudó Jouvet—. ¿Existen copias de Clo-Clo?

—Existieron. Se sortearon en el Olympia, hace poco más de un año. Una se la regaló el propio *monsieur* Pholien a Christine Dubois.

—Usted sabe muchas cosas sobre esa niña y sil muñeca —ponderó Jouvet, reflexivo, dirigiéndome una vaga sonrisa—. Mi amigo Duprez me ha contado su visión de la otra noche en la puerta del ático inmediato al suyo, el escenario del viejo crimen.

—Sí —suspiré—. Empieza a ser como una obsesión, comisario. Ya dudo hasta de mi propia mente.

—Yo no dudaría —me reprochó el policía cachazudamente—. Parece usted un joven sensato y equilibrado. Tal vez esa muñeca signifique algo. La magia negra y el satanismo están muy relacionados con los muñecos. Y también el vudú de las islas del Caribe.

—Pero esos lugares quedan muy lejos de París, ¿no es cierto, comisario?

—Sí. No obstante, los poderes de las fuerzas ocultas pueden llegar también lejos si se proyectan con la fuerza suficiente, no lo olvide —miró de soslayo a Pascale, que permanecía abstraída—. ¿No lo cree usted igual, señorita Barray?

—¿Perdón? —se sobresaltó la joven. Y al repetirle la pregunta el policía, se limitó a mover afirmativamente la cabeza, con un fulgor inquieto en sus verdes ojos—. Si, es cierto... Fuerzas ocultas... Las hay, sin duda, en todo esto. Y muy poderosas. Es algo que siento dentro de mi, comisario...

—De todos modos, no fueron esa clase de poderes los que degollaron a *madame* Verneil, de eso no hay duda —comentó prosaicamente el comisario Jouvet, mordisqueando su maloliente pipa —. Fue una mano tan firme y segura como la que arrojó las tijeras contra ustedes la que se ocupó de segar la garganta a esa pobre mujer.

Me estremecí. También Pascale reveló su impresión ante ese comentario. Trabajosamente, formulé una pregunta al colega de mi vecino Duprez:

—¿Se ha encontrado el arma del crimen?

Jouvet me miró con su sempiterno aire distraído que tan engañoso resultaba. Luego, se limitó a afirmar lentamente con la cabeza.

—Si —dijo—. Un vulgar cuchillo de cocina. Estaba entre el cadáver y la puerta de la cocina. Al parecer, no tiene huellas. Aquí quisiera yo ver a mis ilustres antecesores *monsieur* Vidoq o *monsieur* Dupin... (1). En fin, veremos si sale algo en claro. ¿Podrá responderme a unas cuantas preguntas mañana, señor McCoy, cuando se encuentre recuperado de su herida y de su impresión?

(1) El comisario alude al milico fundador de la Sureté francesa, genial policía y ex ladrón regenerado, Vidoq, en quien se inspiró Emile Gaboriau para su novela publicada en 1873, «El caso Lerouge», uno de los primeros folletines europeos de corte detectivesco. En cuanto al comisario Augusto Dupin, es un personaje de ficción creado por Allan Poe para sus novelas de corte policíaco ««El doble asesinato de la calle Morgue», «El misterio de María Roget» y «La carta robada», editada en 1841, como antecesores clásicos del género. (N. del A.)

—Por supuesto —asentí—. Hoy mismo puedo hacerlo, si lo desea.

—Bueno, no quisiera molestarle, pero eso será mejor. Cuanto antes complete mis datos en torno a este extraño caso, tanto mejor —me sonrió, con aire agradecido—. ¿Le parece bien que charlemos esta noche los tres, ante una buena cena en mi restaurante favorito, que no es caro ni lujoso, pero si de excelente calidad culinaria? Creo que como mejor se charla de todo, es ante una buena mesa y con un vino de calidad para acompañar la comida. Les confieso que mi oficina de la comisaria me pone enfermo, sobre todo cuando llueve y hace frío.

—Aceptamos encantado —dije con una sonrisa, tras cambiar una mirada con Pascale—. Puede creerme si le digo que soy el primer interesado en que este asunto se aclare de una vez por todas. Empiezo a sentirme obsesionado de un modo enfermizo por esta esa, esa muñeca, la niña desaparecida, Christine, y esas dos mujeres asesinadas en poco más de un año...

—Le creo —suspiró Jouvet, mirándose las puntas de sus gastados botines—. Ustedes dos me parecen unos jóvenes sumamente sensibles a ciertas cosas. No han tenido suerte con la atmósfera que ahora les rodea. Pero confío en que esto termine pronto.

—Yo también, comisario —suspiré, iniciando la marcha escaleras arriba, en compañía de Pascale—. Es lo que más deseo en este mundo, puede creerme.

Pero ni el comisario Jouvet ni yo estuvimos acertados en nuestras esperanzas. El horrible caso de la muñeca siniestra iba a tardar todavía mucho en resolverse. Nuevos horrores nos esperaban a Pascale y a mí en los próximos días.

* * *

No sé cómo sucedió.

Creo que Pascale tampoco lo supo hasta que todo hubo sucedido. Pero volviendo la vista atrás en estos momentos, pienso que tenía que ocurrir en un momento u otro.

Ella era mujer; yo, hombre. Jóvenes los dos, artistas, inquietos, sensitivos, en cierto modo identificados el uno con el otro... Y solos en nuestro estudio, tras un frugal almuerzo y una generosa copa de buen coñac.

Lo cierto es que, cuando quisimos darnos cuenta, ambos estábamos bajo las sábanas de mi pequeño lecho, estrechamente abrazados, fundidos en un solo ser, entregados a una mutua y apasionada posesión.

Cuando todo terminó, nos contemplamos largamente, en silencio. Cómo preguntándome tal vez si había debido suceder así o no. Si todo fue un tremendo error o un hecho irremediable y lógico. Eso, si el amor tiene alguna lógica, claro.

—Pascale... —murmuré—. ¿Qué vas a pensar de mi?

—¿Y tú de mí? —fue su réplica.

—Pero ésta es mi casa. Te he traído aquí. Es... es como si te hubiera tendido una encerrona.

—Una hermosa encerrona, Peter, después de todo —sonrió, acariciándome el rostro, los cabellos, besando dulcemente mi oreja, mi cuello, mi hombro—. ¿Por qué no vuelves a abusar de tu presa, cariño?

No me hice de rogar. Fuimos felices de nuevo. Supe lo feliz que podía sentirme al saber que Pascale era mía. Eso no tenía comparación posible con mis aventuras en la pensión de *madame* Claudel. Era otra cosa. Ella era otra cosa.

—Sigo pensando que me creerás una cualquiera, Peter —se lamentó al final, mientras yo fumaba un cigarrillo y ella veía llover sobre el tragaluz del estudio—. Supondrás que todas mis citas con los chicos terminan igual.

—Si lo pensara, esto hubiera sido solamente una diversión del momento —le dije suavemente, contemplando su desnudo a contraluz. Quité el boceto de Mireille y puse otro lienzo en el caballete, lomando el carboncillo y trazando con rapidez nuevas líneas—. Y no lo es, Pascale. No puede serlo. Ahora sé que no podré pasarme ya sin tí.

—Eso se dice siempre en estos casos —sonrió ella, dirigiendo una mirada curiosa al otro desnudo, aunque sin hacer preguntas—. Eres guapo, joven, viril... Seguro que has vivido muchos momentos parecidos desde que llegaste a París.

—Parecidos, no —rechacé vivamente—. He conocido más mujeres que mi padre en toda su vida en Escocia. Pero eran distintas. Cosa

del momento, Pascale. Tú no.

—Peter, si eso fuera cierto... —Sus grandes ojos verdes me miraron, convertidos en dos lagos nublados, bajo la luz de la tarde lluviosa—, me sentiría tan feliz...

—Puedes creerlo —dije con entusiasmo, trazando la breve línea juvenil de sus senos duros y virginales, de sus muslos largos y suaves, de sus nalgas y caderas suavemente curvadas—. Te haré mi primer retrato desnudo. Serás tú. Mi regalo para que me recuerdes siempre cuando no estemos juntos.

—¿Seguro que es tu primer desnudo? —dudó ella.

—Sí —reí—. Ese otro acabo de empezarlo. Una vecina necesita dinero. Tiene a su madre inválida. Le va bien que le pague por horas como modelo.

—Es una modelo muy llamativa. Tiene un cuerpo espléndido...

—No es mi tipo —sonreí—. ¿Celos?

—No, en absoluto —rió de buen humor, dejando que siguiera con mi boceto—. No soy de ésas. Pero me gusta saber que yo sí puedo ser tu tipo.

—Más que eso. Toda tú eres lo que yo soñaba. Casi un imposible.

—¿No te asustan mis crisis? Me refiero a cuando creo ver o predecir algo...

—Tú no tienes la culpa de eso. Se hace con determinadas facultades. Te ayudaré cuanto me sea posible, si eso le sucede estando yo cerca —mire mi reloj y moví la cabeza—. Se está haciendo tarde. Tendremos que arreglarnos para esa cena con el comisario Jouvet.

—¡Oh, cierto, la había olvidado casi por completo! —asintió ella, animosa—. ¡Tendré que ir a casa a buscar algo más presentable. Esa falda mía está destrozada...

—Todo por vendar mi herida —sonreí—. Haremos una cosa: me vestiré y te acompañaré a recoger algo mejor para vestirte, ¿de acuerdo? O podemos comprar algo en una tienda, por aquí cerca... Si, eso será lo mejor. Aceptarás un regalo mío. Es la mejor manera de manifestarte mi agradecimiento por lo de anoche...

—No digas tonterías —rechazó Pascale—. Tú salvaste mi vida, Peter.

—Bueno, de todos modos te compraré un bonito vestido —bromeé, tirando el carboncillo tras dar el último toque al boceto—. ¿Qué tal?

Ella miró el dibujo. Aprobó, críticamente, tras un análisis de cada trazo:

—Bueno. Bastante bueno, Peter. Creo que va a gustarme...

* * *

El comisario Jouvet tuvo razón.

Su restaurante favorito, un pintoresco rincón de Saint-Germain, resultó excelente en comida y vinos. Y también en precio. En la sobremesa, hablamos del caso como una mera charla amistosa, aunque él hizo numerosos apuntes en una agenda.

Cuando salimos del local, él sabía tanto como yo sobre mis experiencias en aquel oscuro asunto, desde mi llegada a la vieja casa de Montmartre. Y, sin embargo, nada había hecho recordar en aquel cambio de impresiones un frío y deshumanizado interrogatorio policial.

Recuerdo muy bien que cuando salíamos del confortable y acogedor restaurante, para subir al negro coche sedán que conducía el comisario, él me preguntó como al azar:

—¿Qué le parece su vecino René Duprez?

—¿Su ex colega? —pregunté a mi vez, sorprendido, mientras él ponía el coche en marcha, bajo la fina llovizna persistente que charolaba las calles de París.

—Sí, el mismo. ¿Se ha formado opinión sobre él?

—Bueno, muy superficial, como la que tengo sobre los demás vecinos. Me parece un hombre seguro de sí mismo, curioso y penetrante. Creo que no ha podido olvidar su oficio. Y, en cierto modo, es un alivio para mi tener un vecino que no me resulte inquietante ni sospechoso.

—¿Eso quiere decir que sospecha de todos los demás? —sonrió Jouvet, mientras las varillas del parabrisas oscilaban rítmicamente, limpiando de agua de lluvia el cristal.

—Bueno, cualquiera de los demás pudo matar a la pobre señora Verneil, si no lo hizo esa diabólica niña misteriosa de la muñeca en la mano...

—He ahí el punto difícil de este caso, amigo mío —confesó el comisario Jouvet con un suspiro—. Estamos ante un misterio sangriento que puede tener dos vertientes muy distintas: o es un crimen vulgar, un caso de crónica negra habitual, con sus movimientos sórdidos, su culpable abyecto y ruin y todo eso... o estamos ante un hecho que sobrepasa las fronteras de la realidad para sumergirse en el misterio de lo desconocido, de lo oculto, de lo esotérico o lo demoníaco, por llamarlo de alguna forma. ¿Usted qué versión escogería de entre esas dos. *mon cher ami?*

—No sé —respondí, perplejo, dejando vagar mi mirada sobre el brillo de las gotas de lluvia heridas por las farolas de alumbrado público y los faros de otros coches con los que nos cruzábamos, sobre el parabrisas del sedán oficial—. Pero yo, personalmente... preferiría que fuese un simple caso de asesinato sórdido y vulgar, comisario.

Jouvet asintió, cachazudo, con la expresión de un viejo, astuto, pero cansado zorro. Y creí captar una nota de temor y aprensión en su voz cuando me respondió:

—Yo también, *monsieur* McCoy, yo también...

CAPITULO VII

Pascale se quedó en su domicilio. Nos despedimos con un beso prolongado, tras dejarnos allí el buen comisario Jouvet. Cruzamos pocas palabras en su portal antes de separarnos:

—Espero que no hayas perdido tu interés por mí, Peter —me dijo suave, apagadamente, mirándome a los ojos.

—Al contrario —susurré—. Estoy loco por ti, te lo juro. Lo que hace falta es que no te arrepientas de cuanto ha sucedido.

—Es lo más hermoso que ocurrió en mi vida, Peter. ¿Y tú? —Seguiré contando las horas hasta verte de nuevo. Te pedí que vinieras a vivir conmigo, pero si no quieres...

—No. Es mejor así. Los dos necesitamos pensar —me sonrió dulcemente. Sus grandes ojos verdes reflejaron ternura. Luego, de repente, se volvieron inquietos—. Cuídate mucho, Peter. Esa casa tiene algo horrible, siniestro...

—Lo sé. Creo que me cambiare de domicilio muy pronto. Pero aun así, no podré vivir pensando en lo que allí suceda.

—No trates de saber demasiado. No te dejes apresar por esa tela de araña que podría envolverte sin remedio. Presiento que el peligro está cerca. Lo de anoche fue solamente un aviso... un presagio de lo que puede suceder.

—No temas —la animé sonriente—. Me cuidaré, palabra. Hasta mañana.

Subió a su casa. Me alejé en dirección a la mía sin tomar un taxi. Llovía muy poco ahora y la noche era fría y desapacible. Pero me gustaba pasear por las calles mojadas. Mientras lo hacía, iba reflexionando sobre tanto suceso espantoso como me rodeaba. Me pregunté quién podía tener interés en matar a una vieja chiflada como la pobre *madame* Lizzette Verneil, antigua canzonetista de *café-concert* y vendedora de flores callejera, mujer de mundo venida a menos en una ruinosa decadencia. Tal vez igual que Margot Dubois, la madre de Christine, joven y ajada mujer de la vida pública; o como el viejo Pholien, arrastrando su gloria artística de otros tiempos por míseros locales de viejos fracasados...

Me detuve en una esquina, contemplando el reflejo de las farolas en los charcos de agua, el paso de una *limousine* con su capota brillante de lluvia. En cierto modo, también el ex comisario Duprez era un fracaso viviente, pese a toda su arrogancia y su distinción y su distinción. Un jubilado de la policía que tenía que ver cómo otro colega más joven se hacía cargo de un caso policial...

Y la paralítica madre de Mireille, con sus rotos sueños de actriz dramática, aferrada siempre a una silla de ruedas. E incluso la propia Mireille, con su juventud y su esplendidez física, perdida toda

esperanza de ser bailarina, teniendo que posar desnuda para un pintor o haciendo faenas caseras para ganarse unos francos...

Era eso. Como la vieja casa. Todo agrietado, deslucido, triste y amargo. Comprendí que, como el mismo edificio, como el propio conserje, el viejo Lafarge, allí todo era demasiado sombrío y ruinoso, derrotado por el tiempo o por la desilusión.

Solamente yo, un joven extranjero con sueños de artista y dinero en el bolsillo, podía representar la excepción en la vieja casa de Montmartre. Antes ya hubo otra excepción: una niña llamada Christine...

Me había puesto a andar de nuevo. Y, sin apenas darme cuenta, me encontré ante el portal de la casa. Dejé de darle vueltas a mis reflexiones. Un gendarme me saludó al verme introducir el llavín en la cerradura. Paseaba ante la casa, en servicio de vigilancia. Respondí a su saludo y entre, cerrando tras de mí. El oscuro zaguán y la angosta escalera con su única bombilla amarillenta iluminando el hueco, se presentaron ante mí como un decorado de pesadilla. Sentí un estremecimiento al caminar hacia los viejos y gastados escalones.

Los subí uno a uno, cautelosamente, sin producir ruido. Me dije que ya nunca oiría otra vez los gritos absurdos de la infortunada *madame* Verneil. Me detuve en su rellano, con cierto respeto, y miré la puerta, precintada por la policía. Iba a seguir hacia arriba cuando la voz susurró a mis espaldas:

—Peter... Peter...

Me volví, dominando la repentina aprensión que me había invadido al sentirme llamado por aquella voz apagada. Respiré con alivio. Mireille Descamp asomaba por la escalera, desde el piso superior. Puso un dedo en sus labios, indicando silencio.

—¿Qué hace aquí a estas horas? —susurré, reuniéndome con ella —. Esta escalera podría ser muy peligrosa de noche, para una mujer sola.

—No creo que suceda nada —rechazó ella, también en voz baja—. Hay policía en la calle vigilando, ¿no lo ha visto?

—Sí —la observé, envuelta en una bata de seda mal anudada a la cintura, que marcaba intensamente sus amplias caderas y sus generosos pechos. Uno de éstos asomaba casi totalmente por la abertura. Resultaba más fascinante que el propio desnudo. Y más procaz también—. ¿Qué es lo que quiere, Mireille?

—Quería saber cómo está su brazo. Y si mañana podrá seguir con el cuadro...

—Me temo que no —suspire—. Me siento fatigado, Mireille. Otro día mejor.

—Entiendo —su rostro atractivo reveló desilusión—. Iba a subir esta tarde a preguntárselo. Pero estaba acompañado y temí

molestar...

Ahora fui yo quien entendió muy bien. Mireille estaba celosa. Celosa de Pascale. Me maldije a mí mismo interiormente, preguntándome por qué tenían que fijarse las chicas en mí.

—Era una compañera. Pintora como yo —dije sin emoción en mi voz—. Está estudiando arte en París, como todos nosotros.

—Es muy bonita —comentó, algo seca—. Creo que usted la salvó la vida.

—Bueno, los dos peligramos anoche, Mireille. Todo fue tan rápido...

—Me gustaría verme en peligro también, si usted había de salvarme —musitó, clavando sus bellos ojos en mí.

Y al inclinarse hacia adelante, su descote se hizo más visible, mostrando la plenitud de sus pechos. La bata de seda bordada de dragones —la moda china y japonesa estaban muy en auge por aquellos años en Europa— se abrió también por abajo. Sus bien formadas muslos asomaron. Sentí su aliento rozando mi rostro. Tenía los carnosos labios entreabiertos, anhelantes. Sus pupilas brillaban.

—Es mejor que eso no ocurra, Mireille —dije, algo incómodo—. ¿Por qué no vuelve a su vivienda? Es muy tarde ya...

—Sí, tiene razón —se irguió, despechada—. ¿Quiere entrar y tomar algo? Mamá duerme profundamente a estas horas...

Vacilé. Si rechazaba su invitación, sabía que iba a ofenderla seriamente. Sí la aceptaba, las cosas podían complicarse. Una hembra como ella podía con suma facilidad romper las defensas de cualquier hombre.

—Está bien —acepte, diplomático. —Pero sólo un minuto. Estoy muy fatigado hoy...

—De acuerdo —se animaron sus ojos y tomó mi mano, tirando de ella—. Vamos, Peter. Le enseñare algunas cosas interesantes.

Entré en su piso. Cerró cuidadosamente, sin hacer ruido. Me pasó a una salita donde los muros, al dar la luz, mostraron infinidad de viejas fotografías amarillentas, dibujos y caricaturas teatrales. El nombre de Yvette Descamp aparecía por doquier. Sin duda, había sido una famosa actriz. Había afiches, programas, recortes de críticas prestigiosas y todo eso.

Mireille me sirvió una copa de vino blanco. Ella se puso otra y brindamos.

—Este es el pequeño museo de mamá —me narró en voz baja—. Sus recuerdos, ¿sabe?

Asentí. Había allí estanterías con antiguos regalos: cajas de música, pitilleras, flores de papel ya sucias y medio rotas, jarrones chinos, frascos vacíos de perfume. Todo olía al pasado. Al recuerdo. A la nostalgia.

De repente, me fijé en la hilera de muñecas sobre un sofá. Las

había de todo tipo: grandes, pequeñas, de todas razas, con un común denominador. La vejez. Sus ropas, aunque limpias, estaban ajadas. Muchas de las muñecas, ofrecían grietas en sus caras de cartón pintado o de porcelana.

Lancé una exclamación. Allí estaba *ella.* Clo-Clo. En un rincón, perdida entre otras muchas. Me incliné. La tome en mi mano, alzándola en alto, frente a Mireille.

—¿Y esto? —pregunté roncamente—. ¿Por qué me ha ocultado que ella tuviera una?

Mireille Descamp se mordió el labio inferior. De repente, parecía darse cuenta de que había cometido un error. Contempló el feo rostro de Clo-Clo, sus ojos de vidrio y su pelo negro, su extraña sonrisa, casi una mueca, su vestidito azul de organdí ajado y desteñido...

—Lo siento —musitó—. Mamá... mamá me hizo jurar que no diría a nadie nada de eso. Que la muñeca que a ella le regaló también *monsieur* Pholien, era un secreto a guardar. Tuve que jurarlo. Y lo he cumplido. Nada le dije, salvo de la muñeca de Christine Dubois. Pero traerle aquí para que la viese... no rompía ese juramento.

—¡Cerda traidora! —rugió una voz agria e hiriente a mis espaldas —. ¡Debí imaginar que venderías a tu madre en cuanto se te pusieran delante unos pantalones! ¡Zorra maldita, serás condenada por esto y arderás en los infiernos! ¡Te odio, te odio...!

Mireille, muy pálida, rompió en sollozos. Yo miré, asombrado, a aquella mujer erguida en su silla de ruedas, que había aparecido con fantasmal silencio por la puerta situada tras de mí. Sus pelos blancos, hirsutos y escasos, su rostro crispado, la crueldad de su mirada, me impresionaron. Tenía manos rugosas y flacas, como garfios. Y había algo más en ella que Mireille nunca me había contado. Al caer en aquella representación dramática, no sólo había quedado inválida, sino que su rostro, con la mandíbula rota y una hendidura profunda en su frente, sufría una deformación realmente horrible.

—Mamá... Oh, mamá... —gimió Mireille—. ¿Es que siempre has de estar acechando en la noche, siempre vigilante, siempre espiando mis más mínimos movimientos?

—¡Sí, maldita de Dios! —rugió ella—. ¡Tengo que vigilarte, porque cualquier día me matarás como has matado sin duda a esas desgraciadas mujeres! ¡Odias a las viejas, a las inútiles y a las fracasadas, porque te recuerdan a tu madre! ¿No es cierto, hija malvada, sucia ramera infernal...? ¿No es cierto? ¡Y usted, puerco, fuera de aquí! ¡No va a abusar de mi hija porque ella sea una perdida! ¡Fuera!

Miré a Mireille, sintiendo de pronto una inmensa pena por ella. Respiré hondo, sacudiendo la cabeza. Ella lloraba desconsolada, lívida como un cadáver.

—Lo... lo lamento, Mireille —murmuré—. Señora, siento todo esto. Pero creo que se equivoca con su hija y conmigo. Buenas noches. Lamento haber causado todo esto.

Salí rápidamente, sin añadir palabra. Cerré tras de mi. Los gritos agrios de la paralítica, resonaban dentro de la casa como trallazos crueles. Mireille solamente sollozaba, rota *y* hundida.

Me paré en seco en el descansillo, antes de iniciar el ascenso al ático. Clavé mis ojos en la puerta de *monsieur* Pholien, antes cerrada herméticamente.

Estaba abierta de par en par. Y el viejo ventrílocuo vacía en su umbral, con la cabeza casi separada del tronco. Un tajo terrible le había cortado el cuello. La sangre, roja y tumultuosa, corría escaleras abajo.

En alguna parte de la escalera, creí captar los ecos de una aguda risa demoníaca. La risa de una niña que ha cometido una travesura... pero con una nota de infinita maldad en su tono.

CAPITULO VIII

La ambulancia se llevó el cadáver del pobre *monsieur* Pholien, el viejo y fracasado ventrílocuo. Escuché su sirena en la calle, alejándose de nosotros con su fúnebre carga. Incliné la cabeza, desalentado. El comisario Jouvet encendió su pipa con profundas succiones. Desde la vidriera del balcón, me llegó el suspiro de cansancio de René Duprez, el policía jubilado. Bajó los visillos y comentó tristemente:

—Otro cadáver... El tercero en este edificio, comisario. El segundo en sólo dos fechas...

—Sí, es cierto —admitió con lentitud Jean Jouvet, de la Sureté parisina—. Empieza a convertirse en costumbre. Una dolorosa y atroz costumbre...

No sabía que decir. Di unos leves golpes con mis dedos en la caja vacía de Clo-Clo. Los dos policías me miraron, pensativos.

—La vigilancia no sirvió de mucho —comenté con cierta acidez.

—De acuerdo —me aceptó el comisario Jouvet con un amplio ademán—. Pero el gendarme de servicio me dijo que nadie entró ni salió de la casa esa noche. Nadie ajeno, por supuesto. Usted fue el último en entrar, antes de que le avisara usted mismo de io que sucedía.

—Ya les he contado todo. Mi llegada, mi visita a la señorita y señora Descamp...

—Sí, si. Y ellas lo han corroborado —me atajó el comisario cansadamente—. Sabemos todo eso, *monsieur* McCoy. Como sabemos que la puerta estaba cerrada cuando usted entró en el piso de esas damas. Y abierta por completo cuando salió. Con el cadáver a la vista, recién asesinado.

—Podía hacer unos segundos o diez minutos de su muerte —replique—. La sangre aún brotaba, pero la herida era brutal, como vieron. Admito que puedo parecer sospechoso a ojos de la ley. También podría serlo la señorita Descamp, que acaso mató a Pholien antes de avisarme. O su madre, entrando luego en casa con su silla de ruedas. Es absurdo pensar en sospechosos. El propio *monsieur* Duprez podría serlo, pese a haber sido policía.

—Claro —rió sordamente el aludido, encogiéndose de hombros—. Lo admito, *mon ami.* Aquí, todos somos sospechosos. Tuvo que ser uno de nosotros, a menos que el asesino entrase por una ventana, un tragaluz o algo parecido.

—Yo sigo teniendo mis dudas sobre eso —manifesté, tras una vacilación.

Jouvet y su ex colega me miraron con curiosidad. El comisario en

activo, sonrió bonachón, exhalando una densa humareda con olor a tabaco fuerte.

—Ya le entiendo —suspiró—. Sigue pensando en la niña fantasmal. Y en la muñeca...

—Si, no puedo evitarlo —gruñí, malhumorado, extrayendo en mis dedos mechones negros del interior de la caja vacía donde un día estuviera Clo-Clo. —Yo he visto esa muñeca, he creído ver a esa niña, oiría reír de un modo extraño, demoniaco, pero sorprendentemente infantil a la vez... Insisto. Esa niña, esa muñeca... me aterran. Aunque quizás sólo existan en mi imaginación, comisario.

Jouvet y Duprez cambiaron una mirada pensativa. Ninguno dijo palabra. Yo, de repente, hice una pregunta, mientras contemplaba las amarillentas evocaciones de otras épocas que el viejo Pholien, como la propia madre de Mireille, tenía enmarcadas en las paredes de su descuidado hogar:

—¿De qué institución benéfica se escapó la niña Christine Dubois cuando fue recluida tras la muerte de su madre? Jouvet enarcó las cejas. Sonrió con aire distraído, sacó su agenda de gastadas tapas de hule y leyó algo. La guardó, indiferente, respondiéndome con sencillez:

—Hermanas del Sagrado Corazón. En Vincennes. Un acogedor y pequeño albergue para huérfanos menores de diez años. ¿Por qué lo quiere saber, *monsieur* McCoy?

—Por nada. Simple curiosidad, comisario —alcé el visillo y, como Duprez antes, contemplé la calle mojada, el ciclo nuboso, los tejados de París y los grupos de curiosos en las aceras, con varios gendarmes bloqueando el acceso a la casa. —¿Es fácil escapar de un sitio así?

—No es imposible, evidentemente —se encogió de hombros—. La pequeña Christine desapareció del albergue sólo quince días después de ingresar allí. Nunca más fue encontrada, pese a los esfuerzos hechos para dar con ella en alguna parte de París.

—¿Es seguro que no tenía otros parientes más que su madre?

—Nunca se encontró a nadie más. Ella no estaba casada. Dubois no era su apellido, aunque es el que dio aquí, porque la niña llevaba bordadas las iniciales C.R. en sus ropas interiores. Y un anillo de la víctima, también llevaba las siglas M.R. Por tanto, madre e hija llevaban la inicial R. de su apellido. Nunca supo la policía cuál era ese apellido. El caso está casi archivado, aunque yo lo he desempolvado ayer mismo de los archivos de la Süreté. Un colega mío, ahora en otro cargo, el comisario Lejeune, se ocupó entonces del asunto. Tengo que hablar con él hoy o mañana.

—Deje a Jouvet con la responsabilidad del caso, amigo mío —me aconsejó afablemente Duprez—. Es un buen policía. Sé que llegará al

final, desenredando esta odiosa madeja.

—No me cabe duda de eso —admití pensativo—. Pero no puedo evitarlo: tengo miedo.

—¿Miedo? —Jouvet arrugó el ceño—. ¿Por usted... o por mademoiselle Barray?

—*Touché* —reí sordamente, usando sus propios tópicos franceses —. Esa chica me preocupa. Sus visiones, su modo de predecir el futuro, pueden ser un desafío para el criminal.
Ella intuye que esa muñeca se interpone entre nosotros. La atribuye un significado siniestro, perverso. Ha creído ver sangre y odio. Y acertó en eso...

—Sí, es una jovencita muy sensible —admitió Jouvet frotándose el mentón—. No hay duda de que tiene poderes extrasensoriales. Yo no pongo en tela de juicio esas cosas, amigo mío. Creo que no iodo se explica fácilmente por la fría lógica en este mundo. Ella posee medios que nosotros desconocemos. ¿Le tranquilizará algo si le digo que he puesto a un policía de paisano vigilando su domicilio, por si acaso, noche y día?

—Sí. Y mucho —resoplé—. Gracias, comisario.

—Oh, no me las dé —sonrió—. Es mi obligación proteger a las personas que considero en peligro. Coincido con usted. Si esa joven tiene una peculiar sensibilidad a ciertos fenómenos, eso puede irritar a nuestro sanguinario criminal, sea quien sea, por si acaso es capaz de predecir quién es. No es que una vigilancia policial garantice nada seguro, ya ha visto que esta noche mataron a *monsieur* Pholien, pese al gendarme de servicio en el exterior. Pero eso es mejor que nada, querido *monsieur* McCoy.

Asentí distraído. Estaba mirando a la calle. Vi cruzar la acera a Mireille Descamp, con una bolsa vacía para la compra. Miró hacia arriba, como si temiera ser vigilada desde los balcones por alguien. Tal vez por su inválida, cruel y desabrida madre. Me descubrió a mí tras los cristales. La vi crispar la boca en un gesto amargo. Luego se alejó con rapidez, calle abajo, entre los grupos de curiosos allí hacinados.

No pude evitar que ciertas palabras descarnadas y agrias de la señora Descamp volvieran a mi memoria, con toda su perversa carga acusatoria:

«¡Tengo que vigilarte porque cualquier día me matarás como has matado a esas desgraciadas mujeres! ¡Odias a las viejas, a las inútiles y a las fracasadas, porque te recuerdan a tu madre...!»

Me pregunté si era posible que ella...

Mireille ya desaparecía tras la esquina inmediata. Bajé el visillo lentamente. Me volví a los dos hombres, el policía en activo y el retirado. Crucé entre ellos, camino de la salida.

—Creo que voy a dormir un poco —murmure cansadamente—. Adiós, caballeros...

Me respondieron con un movimiento de cabeza. Salí de la vivienda del desdichado *monsieur* Pholien. Subí la escalera lentamente. Olía a frituras, a guisos y a humedad. Quizás, también, olía a muerte.

Al menos, yo lo pensaba así.

* * *

Era un edificio de piedra, con tejado de pizarra y varias chimeneas. Le rodeaba un extenso jardín donde jugaban niños de diversas edades, entre tres y diez años. Finalmente, una alta verja circundaba todo el recinto.

Miré la cruz de hierro, sobre el portón. Y el nombre: *Albergue para niños huérfanos de las Hermanas del Sagrado Corazón.*

Alrededor, la frondosidad del bosque de Vincennes a mi derecha, el castillo y la población a mi izquierda, y en torno del albergue benéfico, los verdes prados de Saint-Mandé. Un paraje ideal para un establecimiento así. Muchos niños abandonados y sin familia, se desintoxicarían allí de traumas y de penas. Vi la nota impoluta de los hábitos de las monjas, deambulando entre el verdor de los bien cuidados jardines.

Tiré de la campanilla. Un viejo conserje encorvado y rugoso acudió a atenderme. No hubo problemas para franquearme el paso. Entré por el sendero de gravilla que conducía hasta la edificación. Pregunte a dos hermanas, y una de ellas me condujo a presencia de la Superiora del centro, sor Marie.

Era una monja joven aún, de rostro afable y suave sonrisa. Sus grises ojos tenían una mirada serena bajo la toca blanca. Me acogió cortésmente. Y escuchó mis explicaciones, paseando por entre los setos y las arboledas del jardín, con fondo de risas de niños. Asintió con la cabeza, para sorpresa mía.

—Pasan muchas criaturas desvalidas por aquí —comentó dulcemente, con tono de pesar—. Hacemos por ellas cuanto está en nuestras manos. Medios no abundan. Pero la voluntad, sí. A pesar de cuantos niños tratamos anualmente, no puedo olvidar a la pequeña Christine. Nunca la olvidaré mientras viva, puede creerme, *monsieur...* McCoy, ¿no dijo que era ese su nombre?

—Sí, hermana. Lamento su dificultad —sonreí—. Es extranjero, comprenda. ¿Por qué no podrá olvidar nunca a Christine Dubois?

—Es difícil decirlo —suspiró, inclinando la cabeza. Creí notar en ella cierto asomo de inquietud—. Era una niña complicada. Muy

complicada. Extraña. A veces parecía un ángel... En cambio, otras...

—¿Un demonio? — sugerí, ante su silencio.

—Dios me libre de decir algo así —se persignó, rápidamente, reanudando la marcha. La grava crujía bajo nuestros pies—. Pero tenía reacciones sorprendentes. Chillaba, gritaba, se golpeaba, se sujetaba la cabeza... como si sintiera horribles dolores, o como si algo maligno se posesionara de ella. Luego, de repente, empezaba a reír... Y la suya era una risa aguda, hiriente, dolorosa... Después de esas crisis, volvía a ser la niña dócil, callada, taciturna y casi asustada que era habitualmente. Creo que todo eso tenía su origen en el horror que presenció. Una criatura que a los ocho años ve morir degollada a su madre no puede reaccionar normalmente.

—Sí, es posible. ¿Cómo pudo desaparecer de aquí?

—Nadie lo sabe. Fue después de cenar, cuando anochecía. Al pasar revista a todos los niños acogidos en este establecimiento, como es normal, antes de llevarles a dormir, notamos en falta a Christine. Se registraron los jardines, se dió aviso a la policía, se rastreó todo. Fue inútil. Había desaparecido sin dejar rastro. No hemos podido imaginar cómo escapó de aquí ni por qué. Y lo triste es que ya nunca fue hallada. Sólo Dios sabe lo que pudo sucederle a aquella pobre criatura...

—¿Usted diría que la niña era mentalmente sana? —sugerí.

—¿Quiere decir si era normal? —me miró, pensativa—. No nos dió tiempo a un examen médico minucioso. Un psiquiatra iba a estudiar su caso días después. Pero el informe clínico inicial hablaba de extrema sensibilidad, nerviosismo, casi histeria... y un carácter introvertido, hosco y difícil.

—¿Llevaba alguna vez consigo un juguete... una muñeca, por ejemplo?

—¿Cómo lo supo? —se sorprendió sor Marie, mirándome perpleja —. Sí. Siempre, en todo momento, una muñeca iba en su mano, apretada a ella, o la llevaba colgando, casi arrastrándola por el suelo. A veces la sorprendía hablando con ella, y enmudecía apenas me veía. Es habitual en los niños inventarse amigos, sean muñecos o seres invisibles que sólo ellos creen ver. Intenté quitarle la muñeca un día. Tuvo una crisis terrible, y hube de devolvérsela. Es como si le hubiera querido quitar algo que formase parte de ella misma.

—Parte de ella misma... —repetí, estremeciéndome. Tragué saliva y moví la cabeza, angustiado, procurando que la religiosa no captara mis emociones—. Hermana, supongo que nadie, nunca vino a visitarla mientras estuvo aquí...

—Que yo recuerde, estuvo la propia policía dos o tres veces, tratando de obtener de ella alguna información sobre la trágica muerte de su madre, pero la niña rompía en llanto y se encerraba en sí

misma, negándose a decir nada. Luego... ¡sí, espere! —me miró, sorprendida—. Tuvo una visita. Una sola. Justamente el mismo día en que desapareció, por la mañana.

Me paré en seco. Miré a la religiosa y ella a mi.

—¿Qué clase de visita? —demandé—. ¿Un familiar? ¿No era la policía esa vez?

—No, no era la policía. Déjeme pensar... —se tocó las sienes con los dedos de sus manos, concentrándose. Luego respiró hondo. Sí, ya recuerdo. Me pidieron permiso para que pudieran visitar a la niña. Lo concedí, algo sorprendida. Recuerdo que era un día de mucho trabajo. Estábamos pintando un ala del edificio y yo llevaba esa tarea. Sí, era alguien que dijo ser su padre.

—¡Su padre! —exclamé—. ¿Está segura? Nadie habló nunca de pariente alguno...

—Yo misma lo había olvidado ya —confesó avergonzada sor Marie —. Habitualmente, anoto esos detalles en el fichero, pero con motivo de la tarea de ese día, y luego la desaparición de la niña, lo olvidé totalmente. El hombre que dijo ser su padre, de todos modos, tuvo que registrarse en el libro de visitas del albergue. ¿Desea consultarlo tal vez, *monsieur* McCoy?

—Sí, por favor —rogué.

La religiosa me condujo a su despacho, dentro de la casa. Poco después, el dato estaba en mi poder. El padre o supuesto padre de la niña, se llamaba según ese registro, Jacques Renant.

Podía ser un nombre falso. Pero la letra R. de las iniciales de Christine y de su madre coincidían con ese apellido, cuando menos.

Regresé a París, dándole las gracias a sor Marie, de las Hermanas del Sagrado Corazón de Vincennes. Fui directamente a la Prefectura y hablé con el comisario Jouvet.

Pronto localizamos a un tal Jacques Renant. Había sido jugador, borrachín y mujeriego. Tenía fama también de proxeneta y otras cosas semejantes.

Murió asesinado en una calle de París, dos días después de desaparecer Christine Dubois del albergue de Vincennes. Alguien le había cortado el cuello brutalmente. El crimen se había archivado sin rastro de su asesino.

CAPITULO IX

Al comisario Jouvet le había sorprendido que mi amistosa charla con sor Marie hubiera sido más útil que todas las preguntas de ritual de la policía. Ello demostraba, simplemente, que cualquier ser humano podía recordar mejor las cosas durante una conversación normal que sometido a la presión de interrogatorios oficiales. Sor Marie no era una excepción a esa regla, por el hecho de ser religiosa.

Pero yo no me sentía particularmente orgulloso de mi habilidad o de mi suerte. Sabíamos ahora que la niña tuvo un padre aunque nada recomendable. Que quizás aquel desaprensivo individuo ni siquiera era el marido de la difunta Margot, sino simplemente su amante e, incluso, su explotador. Pero al menos, el tipo se había preocupado por su hija, aunque no por aparecer en momento alguno por la vecindad del escenario del crimen. El hecho de que él mismo, poco más tarde, hubiera sido víctima del degollador, parecía borrarle como posible sospechoso de la muerte de su amaine en el ático.

Y de modo inexorable, aquella nueva luz en el sórdido caso nos llevaba de nuevo a una misma persona: la niña Christine.

De regreso de la comisaría, todavía con la impresión del hallazgo de la trágica pista de Jacques Renant, pasé por casa de Pascale. No estaba allí, pero su patrona me entregó una

nota que le había dejado para mí. La leí, camino de mi casa.

Era breve. E inquietante para mí.

> «Querido Peter: Estaré fuera unas horas. Me tenido otra visión. Es horrible... pero reveladora. Me he resistido a creerla. Debo confirmarla. No estaré muy lejos de tí, de todos modos. Ten cuidado. Hay peligro. Más sangre, más terror... Estoy angustiada. La explicación de ludo, si es la que he visto en mi premonición, resulta espantosa e increíble. Y pensar que está tan cercana a ti... Vigila, Peter, por el amor de Dios. No te fíes de nadie. Ya hablaremos, en cuanto haya comprobado todo eso. Te quiero. *Pascale.*»

Sí. Era muy inquietante, pensé mientras apresuraba el paso, con expresión ceñuda. Viniendo de Pascale, cabía la posibilidad de que estuviese en lo cierto. Quizás ella había intuido, gracias a sus peculiares facultades, la verdad de todo aquel alucinante enigma. Pero ¿no la haría correr a ella serio peligro ese hecho y no a mí?

Había dos párrafos de su misiva que me preocupaban particularmente: «No estaré muy lejos de ti, de todos modos...» Y «La explicación de todo resulta espantosa e increíble. Y pensar que está tan cercana a ti...»

Dos alusiones a algo muy próximo a mi persona. Me estremecí. Eso, en cierto modo, y aunque oscuramente, coincidía de un modo especial con mis propias sospechas. Siempre estuve seguro de que la clave de todo estaba en la vieja casa donde yo habitaba. Pero ¿dónde? ¿En qué o en quien?

Como una procesión espectral y sangrienta, desfilaron por mi memoria los acontecimientos todos de aquella historia espeluznante: la muerte de Margot, la desaparición de la pequeña Christine, la muerte de un sujeto llamado Jacques Renant, padre presunto de la niña.. Y luego, tras el paréntesis de un año, las muertes de *madame* Verneil y de *monsieur* Pholien, la agresión con unas tijeras en un pasaje oscuro, la visión de una niña con una muñeca. Y la muñeca.

La muñeca Clo-Clo, como centro de todo. Me detuve, pensativo, antes de llegar a la calle donde yo vivía. Christine tenía una copia de Clo-Clo. *Monsieur* Pholien perdió a su Clo-Clo original. Y *madame* Descamp también tenía otra Clo-Clo, aunque su hija había jurado no revelarlo a nadie. *Madame* Descamp, la paralítica que acusaba horriblemente a su propia hija...

Me detuve en un café y tomé un coñac doble. Seguía con el hilo de mis reflexiones, preguntándome adónde me conducirían. Como siempre, a un callejón sin salida, a las sombras del misterio sin solución aparente.

Se había hecho tarde ya, tras mi excursión de aquel día a

Vincennes, mi visita a la Prefectura de policía, el almuerzo entre ambas diligencias, en un pequeño restaurante de las cercanías de Vincennes, y mi amplia charla con el comisario Jouvet, al mismo tiempo que buscábamos el rastro de Jacques Renant. Caía la tarde con rapidez, y me estremeció la idea de que Pascale continuase fuera de casa mientras oscurecía. Sobre todo, con aquella nota en mi bolsillo, recordándome que podía estar en peligro por culpa de aquel horrible caso, por pretender ayudarme a mi tal vez, comprobando la veracidad de sus premoniciones y visiones paranormales.

Entré en casa absorto en mis pensamientos. Respondí vagamente al saludo rutinario del viejo Lafarge, encorvado como siempre en su conserjería, y empecé a subir aquellas escaleras que había empezado a temer y a odiar al mismo tiempo.

Peldaño a peldaño, descansillo tras descansillo. Hacia el ático. Pasando por la puerta cerrada de *monsieur* Duprez, el ex policía, la de Mireille y su inválida madre, las de los desaparecidos Lizzette Verneil y Louis Pholien, víctimas del monstruoso asesino. Era como recorrer siempre un mismo sendero de pesadilla, de horror y de muerte, que me resultaba obsesivo.

Finalmente, me detuve ante mi propia puerta cerrada. Miré a la situada enfrente. El ático de Margot Dubois o Renant. El escenario del primer crimen de la serie. El lugar donde yo había visto aquella noche a la horrible muñeca Clo-Clo, contemplándome con sus ojos de vidrio, malignos y extraños.

Introduje el llavín en la cerradura. Lo gire, entrando en mi estudio. Di la luz haciendo girar el interruptor de porcelana situado a mi derecha. La luz amarillenta inundó el recinto en sombras. Lancé una exclamación de sorpresa y de ira.

Todos mis cuadros, apuntes y obras a medio hacer, estaban dispersos, rasgados y destrozados. Los lienzos yacían por doquier, brutalmente hendidos a cuchilladas o tijeretazos. Encima de todos ellos, el desnudo bocetado de Pascale...

Más que eso. Sobre el desnudo de ella, habían venido un chorro de pintura roja. Como sangre. Me estremecí. Era un signo de odio, de furia homicida, de crueldad implacable.

Maldije entre dientes, recogiendo los destrozos. Tire todos los cuadros a un extremo del estudio. Me quedé solamente con el desgajado boceto de Pascale en mis manos, contemplando el pequeño cuadro gris de ella, su vista del Sena, colgada del muro. También aparecía desgarrada con dos profundos cortes.

Alguien había entrado en el ático en mi ausencia, haciendo trizas cuanto hallara a su paso, en una obra destructora demencial. Lo que más seguía preocupándome, sin embargo, era el especial ensañamiento en el boceto de Pascale. Y la nota rojo oscuro sobre

ella, como un presagio siniestro, como una horrible amenaza...

Podía avisar a la policía de lo sucedido en mi estudio. Reclamar a voces al viejo Lafarge para que me explicara todo aquello. Pero sabía que ambas cosas eran totalmente inútiles. Ni los gendarmes ni el conserje iban a ayudarme gran cosa a resolver el enigma y dar caza al intruso que, en mi ausencia, había logrado meterse allí. No era difícil forzar una cerradura como la mía. Cualquier ganzúa vulgar serviría para ello. Incluso un alambre debidamente curvado.

Ahora sabía algo más de mi anónimo visitante. Estaba seguro de su naturaleza. Era el asesino. Y el asesino estaba loco.

Esta era la obra de un demente, de un ser enfermizo, que convertía su odio y su rencor hacia otras personas en fuerza malévola y destructora, en aniquilamiento sanguinario o en destrozos impotentes cuando no podía hacer otra cosa.

Odiaba a Pascale. Me odiaba a mí. Quizás en su locura, astuta y cautelosa, recelaba de los dos. Sabía que en un momento dado podíamos descubrir su identidad y caer sobre él... o sobre ella.

Era curioso, pero la idea de ella me vino a la mente casi por puro instinto. La obra destructora en mis cuadros y bocetos indicaba una mentalidad femenina. No imaginaba a un hombre aborreciendo tanto un desnudo de Pascale...

Me dejé caer en un asiento. Había perdido todo deseo de cenar algo. Me tomé un trago de coñac para reanimarme. Luego, resolví esperar.

Esperar a la noche. A la oscuridad.

Había tomado una resolución definitiva. Iba a luchar contra el monstruo con sus propias armas. Iba a tomar la iniciativa por una vez.

Esta noche, si tenía suerte, nos veríamos las caras aquel ser de pesadilla y yo. Estaba decidido. Guardé en mis bolsillos una navaja y un destornillador. Encendí mi primer cigarrillo, con la vista fija en el tragaluz del tejado. Estaba comenzando a lloviznar de nuevo. El tamborileo de las menudas gotas de agua en los vidrios empezó a batir como un como un extraño reloj marcando el paso del tiempo.

Y yo seguí allí. Esperando...

* * *

Las diez. Oí cerrar el portal al viejo Lafarge. Algunos vecinos subieron la escalera charlando entre si. Se cerraron las puertas de algunos pisos. Me llegó una música lejana, un Charleston de moda, que acabó mezclándose con una emisión de *fox-trots* de alguna radio cercana.

Poco a poco, fue haciéndose el silencio en la escalera. Me mantuve en pie, pegado a la puerta. Me había puesto un pantalón oscuro y una camisa negra. Calzaba zapatos con suela de goma. Estaba dispuesto para mi excursión nocturna.

A las once y media de la noche, ya no se oía a nadie. Sólo la musiquilla distante, que entraba por el tragaluz del techo, mezclada con el rumor de la lluvia. Apagué mi luz. Esperé unos minutos más en silencio, erguido en la oscuridad, hasta que mis ojos se habituaron a ella, sólo alterada por un vago reflejo de la claraboya.

Abrí la puerta con cautela. Había engrasado los goznes. No chirrió. Salí cautelosamente al descansillo. Cerré tras de mí. Y comencé a bajar las escaleras. Piso a piso, llegue hasta el zaguán. Sólo había luz por debajo de la puerta de Mireille y su madre. No oí voces, sin embargo.

Recorrí el portal de la casa de extremo a extremo. La conserjería llevaba horas cerrada. El viejo Lafarge debía dormir ya, puesto que se levantaba muy temprano para limpiar la escalera. Más allá de la puerta de la conserjería, se hallaba otra que conducía a un sotabanco donde se alojaba él. No había luz en parte alguna.

Regresé a la escalera, tras comprobar que no había acceso alguno a ningún sótano de la casa, ni cosa parecida. La clave del enigma, si estaba en alguna parte, dentro de aquel edificio tenebroso, era allí, en los pisos, en las viviendas de sus inquilinos. Y yo tenía que saber dónde. No importaba el tiempo. No importaba nada.

Me acurruqué en las sombras de la escalera, donde más difícil debía resultar verme, justo al lado de su arranque hacia los pisos. Desde allí podía otear el hueco de la misma y todo el portal sumido en tinieblas. Desde la calle, llegaba el rumor de la lluvia. Y, de tarde en larde, unas pisadas monótonas y lentas. El gendarme de servicio, en su recorrido rutinario.

No supe nunca cómo sucedió. Pero de repente... la vi.

Me quedé helado en la oscuridad. Mi cuerpo tembló todo, de pies a cabeza, y sentí repentinamente la garganta seca y el corazón latiendo desacompasadamente. Temí que sus palpitaciones fuesen lo bastante fuertes como para que ella las oyese.

Era la niña.

La niña... y la muñeca. Mis venas parecían contener hielo puro.

Había aparecido de repente en el portal, como una aparición espeluznante.

Caminaba tranquila, serena, como en trance. Y venía hacia mí. Mis ojos, habituados a la oscuridad casi total, podían verla con detalle, al resplandor difuso y lejano de la única bombilla encendida, allá en lo alto de la escalera. Sus pupilas azules brillaban como las de la muñeca que, grotesca e inanimada, colgada de su mano

descuidadamente.

Era la niña Christine, tal como me la habían descrito. Y la muñeca Clo-Clo, tal como la viera yo entre las muñecas de *madame* Descamp. Alucinado, la vi avanzar por el portal, llegar al arranque de la escalera... Creí que iba a tocarme con sus manos rígidas y decirme algo.

Pero pasó de largo. Comenzó a subir las escaleras una a una. Lentamente. Muy lentamente. Parecía sumida en un letargo extraño. La muñeca se bamboleaba en su mano. Entonces vi con claridad la otra mano de la niña. Sufrí una horrible convulsión.

¡Empuñaba un afilado cuchillo triangular, que centelleó herido por la luz de la escalera!

El sudor helado empapaba mi cuerpo, corría por mi rostro. No sabía qué hacer. Había sospechado siempre la presencia de una niña real, no imaginada. Pero era demasiado terrible imaginarse a una simple niña, a una criatura de diez años escasos, yendo fríamente en la noche en busca de otra víctima...

La seguí. Tenía que hacerlo. No podía perder ahora mi ocasión. Ni dejarla actuar libremente. Pero tuve que seguirla a distancia, para no ser visto ni oído. Dejé que me llevara un piso entero de ventaja. Me pregunte adónde iría...

Pronto lo supe. Se detuvo ante una puerta.

La de Mireille.

Sobrecogido, escudriñe desde la planta inferior, a la expectativa. Aunque llevaba en mis bolsillos el destornillador y la navaja, no fui capaz de usar ninguno de los dos objetos, ni siquiera los empuñé. La idea de luchar contra una niña no pasaba por mi mente. Aunque la niña fuese un feroz asesino enloquecido.

Vi a la niña dejar a su muñeca en el suelo, apoyada contra la pared. Tal como yo la vi aquella primera noche... No supe si era imaginación mía, pero me pareció que la muñeca sonreía de un modo especial, macabro, que sus ojos de vidrio tenían luz y vida propia...

Luego, la pequeña se movió hacia la puerta de las Descamp, madre e hija. De alguna parte, brotó una risa sibilante, siniestra, entre infantil y monstruosa...

Se me erizaron los cabellos. ¡La niña ni siquiera sonreía! Estaba grave, seria, rígida... introduciendo algo en la cerradura de Mireille. Una llave, que giró fácilmente...

Miré a la muñeca. Un horror sin límites, un escalofrío que sacudió mi ser en un espasmo de angustia infinita, acusaron mi pánico, mi irracional terror a aquello que estaba contemplando.

Era ella, la muñeca quien reía...

—¡Mata! —oí, sibilante, una ronca voz en alguna parte, mezclada con aquella risa demoniaca—. ¡Mata, Christine, mata! ¡Mata otra vez....! ¡Te lo ordeno!

Estuve a punto de desplomarme. Aquella voz... aquella voz brotaba de los labios en movimiento de la horrenda muñeca...

Quise gritar, subir precipitadamente, arrojarme sobre Christine, evitar que cru2ase aquella puerta con el cuchillo asesino en su mano. Quise dominar mi pánico y destrozar con mis manos a la diabólica muñeca.

No pude hacer nada de eso. De repente, alguien me golpeó por la espalda, y yo sentí que me estallaba la cabeza; los escalones vinieron a mi encuentro, chocaron con mi rostro, y perdí la noción de todo lo que me rodeaba.

CAPITULO X

Fue un ingrato despertar.

Lo primero que descubrí, al abrir los ojos, es que estaba en un sitio oscuro y húmedo, que mis manos estaban aladas a la espalda, y que frente a mi, igualmente atada, y amordazada como yo, se hallaba Pascale.

Su mirada horrorizada estaba fija en mi con una clara expresión de miedo y desesperación. Sólo pudo emitir sonidos sordos e inarticulados cuando me vio recobrar el conocimiento. Mi respuesta fue parecida.

—Vaya... Despertó el aficionado a detective, ¿eh? —gruñó una voz agria y hostil—. Tiene la cabeza dura, McCoy. Al principio creí que le había matado...

Me estremecí al reconocer aquella voz. Luego, apareció su dueño ante mis ojos, caminando encorvado, trabajoso, con una extraña mueca de complacencia en su arrugado rostro.

Era el viejo Lafarge, el conserje de la casa.

—Fue demasiado lejos, McCoy —me reprochó ásperamente—. Lo mismo que su joven amiguita. No debieron meter sus narices en esto. Yo tenía que hacerlo, compréndalo. Tengo que proteger a mi nietecita... Sí, mi nieta, McCoy, ¿no lo sospechó nunca? La pequeña Christine... Margot, su madre, era mi hija...

Le contemplé entre asombrado y lleno de horror. La historia empezaba a resultar todavía más extraña y fantástica que todo lo imaginado. Y, sin embargo, tenía cierta lógica: Margot aceptada como inquilina por su propio padre, la niña acogida por él, oculta en su propia casa, mientras todos la buscaban por París de extremo a extremo...

Recordé instintivamente ciertas frases escritas por Pascale: «No estaré muy lejos de ti... Y pensar que la explicación estaba tan cercana...» Si, era cierto, ahora lo comprendía. El refugio de la niña... ¡la vivienda de su abuelo, Lafarge! Ella no estuvo nunca lejos. Siempre estuvo dentro de la casa, oculta a todos...

Pareció comprender mis dudas, mis interrogantes. Con una sonrisa malévola, se inclinó hacia mi y asintió.

—Sí, McCoy, maldito escocés entrometido... —jadeó—. Christine siempre estuvo aquí, conmigo. La protegí de todo y de todos. Es mi nieta, tenía que hacerlo. Yo no tengo la culpa de que ella... ella haya heredado la locura de su maldito padre sifilítico y depravado. No, nadie tiene la culpa de eso. Es una niña enferma, su mente no siempre está equilibrada... Hay que dejarla jugar. Jugar a su modo, como todas las niñas del mundo juegan con sus muñecas....

Tenía helada la sangre en mis venas y los cabellos erizados por el supremo horror de aquella delirante confesión. Obviamente, también aquel maldito viejo estaba loco. Llamaba juego de niñas a matar, a cortar gargantas con un cuchillo de cocina o con unas tijeras de costura...

Moví la cabeza con exasperación, emitiendo una serie de sordos gruñidos. El conserje rió huecamente y señaló con un gesto brusco a Pascale, que me miraba con un horror infinito, tan sumida en el espanto de aquella revelación como yo mismo.

—Y ella, la joven vidente... Lo veía todo, maldita sea... Es un peligro para mi nietecita. Como lo es usted, McCoy del diablo. Lo siento. Ambos tienen que desaparecer cuanto ames. No puedo permitir que mi querida niña sufra daño por su culpa. No, McCoy. Aquí nadie puede encontrarles. Mi vivienda tiene un pequeño sótano. Están encerrados en él. Cuando Christine termine con ustedes, me desharé fácilmente de los cuerpos. Nadie sabrá nunca nada. Nunca, McCoy...

Se frotó las manos, complacido. Oí pisadas que se aproximaban. Sentí correr el sudor por mi cabello, por mis cejas y nariz copiosamente. Mi camisa negra se adhería empapada, a mi cuerpo.

—No puedo retener a la niña cuando quiere jugar —explicó con aterradora simplicidad, mirando tiernamente hacia la puerta del sótano—. Pobre criatura... Ella no tiene la culpa... Es simplemente un juego, compréndalo. Y después de todo, esas vidas no valen ya nada. Viejos carcamales, gente olvidada, gente que sufre y se arrastra. Deshechos humanos. Su madre era joven, si. Pero estaba enferma. Muy enferma. Un mal venéreo transmitido por el maldito cerdo de Renant... como a su hija. La muerte creo que fue un alivio para la pobre. Era un bastardo asqueroso, un degenerado sin conciencia... ¿sabe por qué quería llevarse a Christine consigo? Para prostituirla en cuanto tuviera dos o tres años más y ganar dinero con ella. Esa clase de tipo era Renant... ¿Por qué no dejar que mi niña juegue con gente así, a su juego preferido?

La niña había vuelto. Alucinado, la vi allí, erguida en el umbral del sótano, con sus manitas empapadas de sangre. El cuchillo venía envuelto en una toalla, empapado también de rojo espeso y oscuro. En su otra mano, la muñeca sonreía, gozosa, triunfal...

—Ya jugué, abuelo... —susurró la niña con espantosa sencillez, haciendo una mueca inocente. Y pareció reír como reía aquel ser a quien yo había oído otras veces.

Sólo que no era ella quien reía, sino su muñeca. Y el viejo no parecía darse cuenta de eso. Pascale, sí. Me miró despavorida. Y yo a ella. Ambos entendíamos. Ambos sabíamos ahora... La niña estaba loca. Era un pequeño monstruo enfermo, como su abuelo. Tal vez la locura era hereditaria de vía materna, no por un mal venéreo de su

padre. Fuese como fuese, era una pobre demente a quien su abuelo la permitía matar impunemente, como en un juego siniestro e inconcebible.

Pero la muñeca... ¡La muñeca era su alma, su otro yo, su perversión y maldad encarnadas en una figurilla de cartón encerado, madera y pelo!

—Vamos, hijita, esta noche tienes más juegos para hacer —la animó su abuelo, complacido, riendo—. Aquí tienes a estos dos chicos... Te quieren mal, ¿sabes? Y también mi... Quieren quitarte la muñeca y encerrarte para siempre, impedir que juegues... ¿Comprendes, pequeña?

—Sí, abuelo —musitó la niña dócilmente, mirándonos con una vaga expresión de rencor—. Lo comprendo. Ellos son malos... como los demás. Malos como mamá, papá, madame Verneil, *monsieur* Pholien... *madame* Descamp... Jugaré con ellos también.

Mi horror no conocía limites. Aquel pequeño monstruo de maldad venía de asesinar brutalmente a la madre de Mireille y lo consideraba un juego. El juego iba a terminar asesinándonos a nosotros dos en aquel húmedo y lóbrego sótano que sólo Lafarge conocía.

Dejó caer la toalla. Empuñó con aire tranquilo y risueño su espantoso cuchillo ensangrentado. Avanzó hacia nosotros, con una sonrisa ingenua en su rostro.

—Será muy divertido, abuelo —comentó—. Esta noche lo estoy pasando muy bien. Hay muchos juegos bonitos...

Dejó caer a la muñeca sobre un taburete. La monstruosa criatura de cartón quedó sentada allí grotescamente, malignamente, contemplándonos insidiosa con sus relucientes ojillos de vidrio.

La risa demoníaca brotó de alguna parte. No supe decir si de labios de la pequeña Christine o de la boca de la muñeca...

Luego, la niña alzó el enorme cuchillo, para clavarlo primero en el cuello de Pascale que, con ojos dilatados por el supremo terror, me dirigió una última mirada antes de contemplar el acero sangrante que iba a segarle la vida.

* * *

El disparo arrancó de sus manos el cuchillo con un agrio sonido metálico, y el arma ensangrentada voló lejos de la manita infantil, dando volteretas por el sucio suelo. Lafarge gritó roncamente, asustado, volviendo la cabeza hacia la entrada del sótano.

Creo que nunca he sentido mayor alegría en toda mi vida al ver uniformes de gendarmes y la presencia de un comisario de la policía, como ahora, al descubrir a Jouvet, revólver en mano, al frente de varios de sus hombres, y en compañía de su ex colega el antiguo comisario Duprez.

Christine chilló, al verse desarmada, y comenzó a llorar como un niño al que rompen su juguete favorito, diciendo incongruencias que, dada la naturaleza de sus «juegos», no podía por menos de resultar escalofriantes:

—¡Malos! ¡Sois muy malos! ¡Me habéis estropeado el juego! ¡No os quiero, no os quiero! ¡Abuelo, ayúdame, no dejes que esa gente mala me lleve con ella y me deje sin jugar...!

Lafarge lo intentó, emitiendo un rugido y precipitándose sobre los policías en un exasperado movimiento de ataque feroz. A los gendarmes les bastó con golpearle con sus porras para abatirle y esposarle con rapidez. La niña corrió en busca del cuchillo perdido, sin dejar de llorar...

El comisario, para frenar su intento, disparó el revólver dos veces. Una de sus balas rebotó contra el cuchillo, haciendo parar a la pequeña. Uno de los gendarmes corrió a sujetarla en ese momento. La otra bala, casualmente, se desvió, alcanzando a la muñeca Clo-Clo...

Asistimos a lo más espantoso de todo aquel horror.

Porque apenas la bala alcanzó el rostro de la muñeca, destrozando su mueca maligna, sus ojos de vidrio saltaron en pedazos, y el cartón encerado se desgajó, astillándose la madera, ocurrió algo increíble, espeluznante.

¡La niña Christine emitió un alarido ronco, espantoso, interminable, se llevó sus manos al rostro, se aferró la cabeza con ambas, separándose del gendarme que intentaba sujetarla, y cayó de bruces al suelo, entre violentas convulsiones!

Un momento después, se quedaba inmóvil, con ojos dilatados, el rostro lívido, la expresión crispada... Y supimos Pascale y yo que estaba muerta...

Los gendarmes nos estaban liberando manos, pies y boca. Pero ni siquiera lo notábamos. Estábamos mirando a la niña y la muñeca. Rotas, sin vida las dos. Y nos preguntábamos a nosotros mismos dónde terminaba la vida de la niña y empezaba la de la muñeca, o viceversa...

Pero era una pregunta sin respuesta posible.

EPILOGO

Esta ha sido toda la historia.

Ahora, en el momento presente, cuando han transcurrido ya más de diez años de todos aquellos sucesos, y soy un conocido pintor no sólo en París, sino también en mi tierra natal, me pregunto por qué nunca se reveló al público el detalle de todos aquellos crímenes y su sórdida y estremecedora explicación real. La policía consideró preferible mantener callados los hechos. Lafarge sufrió un colapso aquella misma noche, falleciendo en comisaría, y a Jouvet y Duprez les pareció mejor culpar de todo al viejo conserje, ocultando al mundo al terrible verdad sobre una niña de diez años escasos, convertida en un terrorífico e inconsciente asesino, dominada por el extraño influjo de una muñeca que, acaso sólo en su mente, o por esos extraños fenómenos que la lógica y la razón no saben explicar, cobró vida propia, formó parte del alma de la niña, y llegó a ser, como en el retrato de Dorian Gray, espíritu y vida de un ser humano. Al destruirse la muñeca, se destruyó la niña.

Lo cierto es que Pascale y yo debemos el estar con vida a la sagacidad del comisario Jouvet y de su ex colega Duprez que, al descubrir aquella noche nuestra ausencia, encontrar asesinada a *madame* Descamp, y atar cabos en torno al misterio de la vieja casa de Montmartre, habían llegado a una misma conclusión: sospechar del papel del viejo Lafarge en el caso. Por eso llegaron tan a tiempo para salvarnos y poner punto y final al caso.

—La policía, mi querido amigo, está para estas cosas —me decía con sorna poco después el buen Jouvet—. Usted ha hecho un excelente papel como detective aficionado, pero sólo en los folletones baratos triunfa el aficionado totalmente. Al final nosotros somos quienes tenemos que sacar las castañas del fuego, no le quepa duda.

No se lo discutí, porque tenía más razón que un santo. Hoy en día, Pascale y yo nos alegramos de que fuera así. Ella no ha vuelto a tener premoniciones ni visiones paranormales, y me alegro de eso. Son fenómenos que se producen sin explicación, y sin ella dejan de presentarse. No creo que ella los aflore tampoco.

Somos marido y mujer y nos sentimos muy felices por ello. Nunca olvidaremos el angustioso asunto, porque él nos sirvió para unir nuestras vidas. Pero aparte de ese aspecto de la cuestión, lo cierto es que ni Pascale ni yo deseamos evocar con demasiado detalle aquellas trágicas fechas ni, sobre todo, su terrible desenlace.

Pero yo, a solas, recuerdo a veces todo aquello. Lo tengo anotado aquí, lo leo de vez en cuando, para estar seguro de que realmente pudo suceder algo así.

Y después, en seguida, trato de olvidar, de no pensar.

F I N